

LUIS HERRERA

LA LÁMPARA DE KAFKA
& OTROS CUENTOS

EDICIONES INUBICALISTAS

ESTE LIBRO FUE FINANCIADO GRACIAS AL FONDO DE APOYO
A PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
CHILE, EL RESPALDO, INCONMENSURABLE, DE LA ACADÉMI-
CA MARÍA ELENA OPAZO Y EDICIONES INUBICALISTAS.

A María Jesús, Gabriela & Violeta

JUAN ROSA Y EL LENGUAJE IMPOSIBLE

A Claudio Godoy

De todos los calificativos atribuibles a Juan Rosa -insensato, soñador, soberbio- es innegable que el de *entusiasta* calza perfecto. Nacido en el seno de una pobre familia sureña, desde la infancia lo suyo sería el triunfo de la voluntad. A los seis años, gana un concurso de tango en el Club Social de Danza y Música de la ciudad de Temuco, sin haber escuchado jamás algún tango (probablemente el jurado tampoco). Posteriormente, dedica su niñez al aprendizaje del noble oficio de la carpintería y sus obras (sillas, mesas, muebles de cocina) causan la risa generalizada de los expertos. Ya verán -habría dicho, cobijado en las faldas de su madre, Juan Rosa-. Y ese *Ya verán*, se cumplió. A los nueve años presenta una mesa de centro en la Quinta Feria de Artesanía Latinoamericana de la ciudad de Concepción. La obra perfectamente podía ser una pintura abstracta, piénsese en *Puntos Fijos* de Kandinsky, si se le admiraba desde arriba; una escultura renacentista, si se le observaba desde un lado; y un homenaje a *Monumento a la Tercera Internacional* de Vladimir Tatlin, desde el otro. Su trabajo, como es sabido, dio origen al estilo conocido

como *Rosalista* y que marcó un antes y un después en el arte de la carpintería^[1].

Al pasar los años, su entusiasmo avasallador descansa para dar cabida a los estudios formales. En la sala de clases se le ve tranquilo y respetuoso, cumplidor con las tareas y siempre entre las primeras calificaciones del Liceo de Hombres de Temuco. Si no era el mejor -nos cuenta la directora, Camila Anguita- fue por la simple razón de abarcar todos los campos del conocimiento. Teniendo prueba de historia, se dedicaba al estudio de avanzadas fórmulas que explicarían la expansión del universo; antes de una prueba de física, se dedicaba a la discusión de los temas filosóficos por excelencia: Dios, el origen del hombre, la muerte. No obstante sus altas aptitudes, sólo posibles en sueños para cualquier persona, no ingresó a la universidad. Este hecho, que en cualquier otro sería un fracaso, constituyó para Rosa un triunfo sobre los convencionalismos. Ir a la universidad -explica en su diario- hubiese sido aceptar ciertos esquemas, tener que ceder en ciertas cuestiones que éticamente me parecen inviolables: el derecho a la duda universal y metódica, el rechazo al conocimiento no empírico, la adhesión a Descartes y el cogito, ergo sum.

Luego de ganar el Undécimo Concurso Nacional de Poesía del diario *El Futuro* el año 1995, se le pierde el rastro y es cuando probablemente Juan Rosa se introduce en los estudios lingüísticos. De seguro leyó ávidamente a Sapir, Bopp, Saussure, Trubetzkoy, Jakobson y

[1] Si bien es cierto, la idea no es original -(...) *Es un grabado antiguo que, visto de frente, representa un tigre pero que, por tener fijadas en perpendicular a su superficie unas estrechas tiras verticales que fragmentan a su vez otro motivo, figura, a poco que uno se aleje unos pasos hacia la izquierda, un jarrón, unos pasos hacia la derecha, un ángel* (...) se lee en Nadja de André Bretón-, lo esencial del estilo Rosalista es su funcionalidad.

Chomsky; se acercó a la obra de Ludwig Wittgenstein y conoció muy de cerca los planteamientos, algunos descabellados, de los deconstruccionistas. Con tal bagaje intelectual, se presenta el año 2001 al Ciclo de Conferencias del Lenguaje de la Universidad de Chile, bajo el pseudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda. Cómo consiguió una ponencia, aún se investiga en el Departamento de Filosofía y Letras, sin embargo, trasciende por sobre todas las anécdotas accidentales que dictó una conferencia titulada *Lo arbitrario y lo natural*, resultando un estruendoso fracaso. Tras balbucear algunos pasajes bíblicos, dividir una manzana en tres partes, grabar el sonido de una piedra (que posteriormente reprodujo para los asistentes) y lanzar una avalancha de garabatos en contra de Saussure, Juan Rosa fue invitado a abandonar el salón, humillado por las risas de los presentes. Minutos después, el profesor de lenguas rusas, Eustaquio Mendoza, reconoció en tan peculiar joven de apellido clásico a la persona de Juan Rosa, el desquiciado adolescente que visitó sus clases hacía cinco o seis años con el propósito de leer *La guerra y la paz* en su lengua primaria. Lo encontró recogiendo sus escritos desperdigados por el césped del parque y se acercó con cautela. Lo observó durante algunos segundos para aclarar las dudas respecto a su identidad y mientras se decidía. Yo conozco su nombre -le dijo- y no es Alonso Fernández de Avellaneda. Rosa se habría puesto de pie, asombrado, acercándose a centímetros del rostro del profesor Mendoza. Éste sintió su respiración en la barbilla (la respiración de un búfalo- habría declarado más tarde) y antes de dar un paso atrás, Rosa se habría abalanzado sobre él intentando morderle la nariz. No obstante, el profesor, con una agilidad sorprendente para su gordura, brincó hacia un costado (alcanzó a sentir el cierre de la dentadura de Rosa) y le propinó un puñete en el hombro que lo lanzó un par de metros. Aprovechando el

doloroso impulso, Rosa huyó del lugar.

Si bien es cierto, la conferencia fue una derrota mediática para Rosa (cuestión que explicaría su desconocido paradero hasta la fecha), hay una opinión *in crescendo* entre los lingüistas iberoamericanos. *Lo arbitrario y lo natural* probablemente haya sido la piedra fundacional de la revolución más importante en la historia de la lingüística desde la aparición del *Cours de linguistique générale*: la creación, concreta y factible, de una lengua motivada, es decir, que exista un vínculo de unión indivisible (un motivo), inseparable, entre el objeto y el significante que lo designa. Si bien es cierto, Rosa no habría adelantado la problemática relación entre las palabras y los sentimientos o los conceptos abstractos, sí habría encontrado la esencia fonética de lo material, las características medulares de la naturaleza de las cosas que permitirán, en un futuro próximo, que todo se llame como se debe, en otras palabras, como Dios lo había pensado. Desdichadamente, hasta que Rosa reaparezca con la profundización de sus estudios, a las piedras se les seguirá llamando piedras y a la voluntad se le seguirá llamando voluntad.

UN HOMBRE EN EL PLANO

A Javier Vergara

Sofía está sentada de espaldas a la pared de la cual pende una fotografía del pianista Thelonious Monk. En su posición podría observar cada rincón del pub, si le interesara. Pero no le interesa, quizás porque la acompañan tres hombres: Marco, Gustavo y Freddy. Es alrededor de la una de la mañana y el pub recién se está colmando. Al menos todas las mesas están ocupadas y ya hay uno que otro de pie junto a la barra. Suena una canción de Ray Charles cuando les traen los tragos. Ella toma caipiriña, costumbre que contrajo en sus vacaciones por Brasil. Los demás se dividen entre el ron y la piscola. Freddy dice algo cómico y emiten una carcajada. A Sofía también le hace gracia, pero sonríe sutilmente y se toma el pelo asegurándolo con un lápiz Bic.

El primero que aventura sus cartas es Gustavo. Recientemente titulado de Ingeniería Civil Industrial, demuestra un gran dominio de la escena. No sólo gesticula con clase y en justa medida detiene sus ojos en los de Sofía, cuidando no parecer ofensivo, siempre atento de no pasar el límite que separa la conquista de la intimidación. Bebe con lentitud y

fuma. Le habla de los mensajes subliminales. Sofia, que es estudiante de Psicología, le presta atención. El mensaje subliminal -indica Gustavo- ha existido desde que se inició la publicidad, jugando con el inconsciente en función del éxito económico. Sofia, seguidora de Freud, entiende que Gustavo esconde una referencia subliminal y se lo hace saber. Gustavo sonríe y expresa conocer que ella es admiradora del padre del psicoanálisis.

En tanto, Marco se ha puesto de pie, algo celoso. Se conocen de cuando eran vecinos en el barrio de La Florida, hace más de una década. Recuerda una imagen. Ella tendrá unos quince años y ha regresado de sus vacaciones en la cordillera. Calza unos jeans azules ajustados. Por primera vez le observa el abdomen, el ombligo descubierto donde ha puesto un piercing con forma de delfín. Sus hombros se han adelgazado, afinado, se ven más sutiles. Pone atención en el armónico delineado de las clavículas y el espacio supraesternal. Ha cruzado la calle a pies descalzos y lleva una bolsa con naranjas. Lo saluda con la mano y le hace un gesto, explicando que volverá en algunos minutos para ir a fumar un cigarrillo a escondidas en la plaza.

Cuando Marco retorna de programar una canción en el wurlitzer (*Perfect Day* de Lou Reed) Freddy ha ido por más tragos y Gustavo con Sofia juegan a imitar al almirante Merino. Ninguno lo logra y se ríen con efusividad, ocasión que Gustavo considera propicia para darle un abrazo amistoso a Sofia. Marco, ya sentado, evitando reflejar su molestia intenta fingir una sonrisa creíble, para no parecer incivil. Regresa Freddy. Alguien hace señas desde el otro extremo a Gustavo. Éste se muestra sorprendido y contento. Se disculpa y va a saludar. Nota Marco que Sofia lo observa alejarse. Toma la piscola y se la bebe de un tirón. Freddy se ubica en el asiento de Gustavo y se larga a hablar. Sin embargo, más

afable que el otro, con la mirada intenta incorporar a Marco en la conversación.

-¿Te gusta leer? -le pregunta Freddy a la chica.

-Claro que sí -responde.

Freddy va en tercer año de Literatura en la Chile. Siempre ha estado cerca de los libros, pues su padre era escritor, aunque no muy conocido. Freddy quiere llevar la conversación hacia la teoría del cuento. Según Sofía, un cuento perfecto es como un muro en blanco que carece de manchas. Así, parejo, limpio, de una sola pieza. Marco, a su vez, confiesa desconocer de letras, pero que sí está seguro de una cosa, según Chéjov -dice- si al principio de un relato aparece una escopeta colgada de la pared, el arma debe ser disparada antes que termine la historia. En eso radica todo y en nunca decir lo más importante, agrega. Luego Freddy se pone a hablar, siempre interpelando más a la chica que a Marco, como es natural, pero sin ser evidentemente grosero. Refiere la teoría del knock out de Cortázar y pone como ejemplo *La noche boca arriba*, sentenciando que no hay un cuento que mejor explique los postulados del argentino. Inmediatamente habla de los finales abiertos y recuerda *Sensini* de Roberto Bolaño. Ese lo leí, dice Sofía. Marco guarda silencio. Es un final muy bello, muy melancólico, agrega Sofía, esas dos personas mirando la ciudad iluminada y preguntándose la edad. ¿Qué ocurrió después? A veces pienso que toda la literatura, cuente lo que cuente, siempre está hablando del amor.

Gustavo continúa conversando con su amigo sin moverse de la entrada. Freddy piensa que tal vez significa que se irán a otra parte y se alegra. No hay palabras. Sofía observa el lugar y se distrae en un hombre que escribe en una libreta, junto al bar. Siente curiosidad, pero luego pone atención en el color azulino, nebuloso, que el aire adquiere por el

humo de cigarrillo. Piensa en el cine de los años cincuenta. Recuerda a Humphrey Bogart y su cigarrillo irrenunciable. Freddy tamborilea sus dedos en la mesa, pensando qué más decir. Marco intuye el desasosiego de su amigo y piensa para sí que alguien que dice leer tanto no debiera tropezar con obstáculos para encontrar palabras. Mira la hora. Oye cómo alguien introduce una moneda en el wurlitzer, pero no se gira para observar, siempre evitando ser curioso, mal que juzga como un vicio reinante en la ignorancia. La canción programada empieza rápidamente. Reconoce tras los primeros acordes *Mood Indigo* de Duke Ellington. Tal vez la canción indicada para volver a sus quince años y observar a Sofía golpeando la ventana de su habitación y mostrándole un cigarrillo apagado a la mitad. Sale de su casa y se saludan de beso. No suelen hacerlo, pero cree que ya son gente grande y la gente grande lo hace. Se van trotando a la plaza. Él más rápido, pero cuidando retrasar sus pasos para ir a la par de la descalza Sofía. Llévame en tu espalda, le pide ella. Él se avergüenza y responde que no. Sofía insiste y lo tira del brazo. Vamos, tonto, llévame a caballo. No quiero, me duelen las piernas, he pasado todos los días jugando a la pelota. ¡Oh! dice ella, no te acordaste de mí. Claro que sí, responde él, siempre me acuerdo de ti. Entonces llévame en tu espalda, que me enterré una espina. Está bien. Sofía se sube al asiento del paradero y se monta sobre Marco. Deseando aparentar fortaleza, comienza a trotar. Con la voz entrecortada, intenta detenerlo, pero no puede parar de reír y él tampoco. Llegan a la plaza y se tiran en el césped.

Voy y vuelvo, grita Gustavo. ¿Dónde irá? pregunta Sofía. Marco se hace el desentendido y saca un cigarrillo de la cajetilla de Freddy. Lo mantiene entre los dedos y no lo enciende. Freddy responde que probablemente iría a dar una vuelta a otro pub, que conociéndolo, no volve-

ría. Sofía se excusa y va al baño. Marco mira un punto en el vacío, evitando dar con la mirada de su amigo que previsiblemente lanzará un comentario. Freddy no se hace esperar y lo dice: la lucha se reduce a dos, compadre. Bueno, responde Marco con indiferencia. ¿No encenderás el cigarrillo? Todavía no.

-Enciende el cigarrillo tú -ordena Sofía.

-¿Yo? Yo no fumo -responde Marco.

-Anda no seas cobarde -insiste la quinceañera.

-Espera que estoy agitado.

Marco nunca ha fumado. El par de veces que ha hecho el intento, le viene un ataque de tos. De vez en cuando piensa que jamás podrá hacerlo. Le ha tomado cierto temor, además que se da la extraña circunstancia que el humo de cigarrillo se impregna más en la ropa de los no fumadores. Marco se acuesta en el césped. Ella se acomoda y posa su cabeza en su abdomen. Se pone nervioso. Miran las nubes pasar y un avión a chorro que da vueltas, como queriendo escribir algo. Sofía sonríe y expresa sus deseos de ser aviadora y ojalá escribir poesía en el aire. Es imposible, responde Marco, apenas termines un verso te darás cuenta que ya no quedará nada del principio. No importa dice ella, lo importante es que lo escribiría, no si alguien lo lee. Eso no tiene sentido. Claro que sí, además puede que alguien ponga atención desde la primera palabra a la última y ya está, lo leyó. Sofía enciende el cigarrillo y expulsa el humo exageradamente hacia un lado. Se lo acerca a Marco. Quiere decir que no, pero no desea quedar como un cobarde. Aspira con suavidad. Sofía está atenta de lo que hace su amigo, pero no quita la mirada del avión que se va perdiendo tras el follaje de un árbol. Marco hace lo posible por retenerlo en la boca y aguantar la respiración. Lo expulsa con énfasis, imitándola. Bien hecho, le dice, ahora somos un poquito más grandes.

Sofía regresa del baño y le pide a Marco que por favor le traiga otra caipiriña. Él la mira con recelo, piensa que desea que los dejen solos. Sofía no responde a su mirada y le dice algo en el oído a Freddy. Él sonríe y hace una morisqueta. Marco se pone de pie con tal violencia que bota la silla. Sin poner cuidado en lo ocurrido, tal vez con vergüenza, va a pedir los tragos. En ningún momento se da vuelta. Pide una caipiriña y una piscola para él. Mientras las preparan se tranquiliza, decidiendo que lo mejor es hacer que no ha pasado nada y que debe volver sonriente, con una actitud más cordial. Cuando regresa pone cara de desentendido y ríe mientras levanta la silla. Pensamos que estabas enojado por algo, le dice Freddy. Sofía lo mira interrogante. No, qué va, no ha pasado nada, quizás estoy un poco mareado. ¿Y por qué traes otra piscola si te sientes mal?, pregunta ella. No dije que me sintiera mal, sólo dije que estaba mareado.

Freddy sigue hablando de sus libros, pero Sofía ya no parece muy entusiasmada y de vez en cuando mira la hora. Justo después que él habla de *El perseguidor* de Cortázar, Sofía lanza el comentario, quizás para salir de la literatura y entrar en la música, que hablando de jazzistas le encanta el tema que están tocando. Freddy parece sentirse contrariado y afirma con la cabeza. Marco aprovecha la ocasión para fortalecer su simpatía, aquella cordialidad que se había pactado a sí mismo en la barra. Es Thelonious Monk, dice, precisamente el negro que cuelga sobre tu cabeza. No lo sabía, musita ella, ¿y cómo se llama el tema? Ah, es muy bueno, *Sophisticated Lady*. Pero ese es de Duke Ellington, expresa Freddy triunfante. Claro que sí, responde sereno Marco, pero quien lo toca en este momento es Thelonious Monk del disco *Play's Duke*. Freddy se queda callado y termina su ron de un sorbo. ¿Sabes lo que veo en esta canción? Inquieta Marco a Sofía. No lo sé. ¿Qué ves? Es simple, veo una

ciudad no muy grande, casi de provincia. Es domingo y está lloviendo. Deben ser como las seis de la tarde y está a punto de oscurecer. Un hombre camina bajo la lluvia y detiene su mirada en una mujer que se toma un café con otro hombre, quizás su novio, en el interior de un restaurant. Se queda estático y reconoce a su ex mujer, la mujer que ama. Ella lo advierte, pero sigue hablando con seguridad, como si ya no le afectara. Probablemente ya no le afecta. Probablemente su ex, es decir, el hombre, se convirtió en una sombra que ya no puede distinguir, que presiente, pero que ya no puede distinguir (Sofía lo oye con atención y Freddy saluda y cruza palabras con una chica de otra mesa). Al sentir su presencia, la mujer pareciera acrecentar su coquetería y no escatima en acariciar la mano de su acompañante. Ríe. Se le ve feliz. El hombre afuera está triste, pero piensa en la imposibilidad. Piensa en las dimensiones paralelas, dimensiones que saben de sus propias existencias pero que nunca podrían conectarse. Como si estuviera inserto en un cuadro impresionista y no fuera observado, sino que él pudiera ver la realidad, que es la realidad donde ya no pertenece. Eso veo al oír esta canción, finaliza y detiene su mirada en ella. Sofía se mantiene impasible durante algunos segundos. Mira a Marco, quien no quita su falsa sonrisa. Ella no pareció disfrutar de la historia. En su rostro se percibe una suerte de reproche, de disgusto. Freddy, algo borracho, se pone de pie y de un tirón la levanta y la saca a bailar un charleston que ha entusiasmado a todo el gentío. Marco se siente satisfecho de lo dicho, pero lo embarga una profunda tristeza y comienza a golpetear la mesa con el filtro de su cigarrillo intacto.

Cuando ya ha oscurecido regresan a casa. Corre una brisa helada y Sofía cruza el brazo por la espalda de Marco. Por un instante él no sabe si corresponder. Está muy intranquilo. ¿No me abrazarás? pregunta ella.

Sí, claro, hace frío. Caminan en silencio. Algo ocurre. Sin que ninguno lo proponga, toman asiento en el paradero. Ella apoya su cabeza en el pilar y él mira al suelo. Aparece un cachorro negro que se acomoda para oler la zapatilla de Marco. Él le hace el quite con sutileza. No seas malo, le dice ella. No lo he sido, contesta, y le acaricia la cabeza al perro. Sofía hace lo mismo y se rozan levemente las manos para terminar unidas. Ambos miran hacia el cachorro, pero ya está todo hecho. Él se acerca a Sofía y ella se retrae un poco, casi por instinto. Se besan, un beso torpe y nervioso, que poco a poco logra complementarse. Luego se abrazan y dejan pasar los minutos así, con las sonrisas posadas en el hombro del otro.

Precisamente cuando Freddy y Sofía regresan a la mesa, Gustavo aparece tras el gentío. Es cerca de las cuatro de la madrugada y está a punto de cerrar el pub. Toman asiento y ríen. Comentan el baile y Gustavo los observa atento. Marco aleja un poco la silla de la mesa y se echa sobre el respaldo, casi desparramándose. Los ve charlar, pero su cabeza se ha detenido en el recuerdo del paradero. La congoja lo embarga. Sofía hace chocar su copa con la de Gustavo. Freddy está tan borracho que por debajo de la mesa estira las piernas y le da un puntapié a Marco que apenas siente. De haber sido más fuerte, tampoco lo hubiera sentido. Freddy tambalea su cabeza y corre al baño a vomitar. Alguien avisa que van a cerrar, que es la hora de irse. Marco se fija en un hombre que sale tropezando con las sillas y es tomado de la manga por una mujer. Se pierden en un rincón. Intenta distinguir en las sombras a la pareja, pero resulta una tarea imposible. Cuando pone atención en sus amigos, éstos se están poniendo de pie. Nos vamos, dice Sofía al aire, evitando la aguda mirada de Marco. ¿Adónde se van? Pregunta él, con la voz apagada. No te preocupes, le dice Gustavo, yo iré a dejar a Sofía, ya es tarde. Marco los observa, primero a él, luego a ella. La recorre. La recuerda

descalza con una bolsa de naranjas. Gustavo le pregunta si está bien. Claro, claro que sí, responde. Sofía se aleja un par de pasos y dice vámonos ya. Gustavo le da la mano a Marco y le ofrece el encendedor. No, gracias -contesta- ya no fumo.

Ya se va despejando el local. Marco continúa inmutable en su asiento. Un mesero va ordenando las mesas y otro se dedica a recoger las botellas desperdigadas por el suelo. Freddy regresa del baño dando tumbo. Ríe a carcajadas. Avanza con una mano en el abdomen y la otra en el aire, simulando un paso de baile. Quizás un vals. ¿Dónde se fueron? pregunta. Se han ido, responde Marco. Pero ¿a dónde? Marco guarda silencio. Freddy lo coge del brazo y posa sobre él sus ojos chispeantes de borrachera. ¿Te la ganaron? ¿Te la ganaron, Marquito? La excusa precisa para brincar de la silla, tomar el cuadro de Monk y rompérselo en la cara.

Quizás sólo por cumplir un compromiso con Chéjov.

BELISARIO VILDÓSOLA

A Claudio Maldonado

Belisario Vildósola nació en Osorno el año 1920. Dónde cursó sus estudios primarios aún es un misterio, sin embargo la academia sostiene un probable paso por el Liceo de Hombres de su ciudad natal.

El año 1937 viaja a Santiago para seguir la carrera de literatura en la Universidad de Chile. Es en la capital donde gana sus primeros concursos literarios, incluyendo el premio nacional de cuento *Mares del Sur* el año 1938. Al transcurrir los años de universidad desarrolla velozmente su carrera, tanto de escritor como de académico: viaja a Norteamérica para continuar sus estudios en Princeton, donde permanece un par de años en su labor de docente. En el año 1942 aparece su primer libro de poemas *El renacer del cisne*, trabajo muy elogiado por los críticos modernistas, que ven en el joven Vildósola a un nuevo Darío. Al año siguiente, publica *Romeo estrafalario*, su segundo libro de poemas. Con esta obra y tan sólo con veintitrés años de edad, alcanza el reconocimiento en Latinoamérica y es catalogado por unanimidad como el nuevo Neruda (a pesar que los poemas son una sátira de la lírica amorosa y

de la prosa romántica, lo que también le valió el surgimiento de sus primeros enemigos).

El año 1945 viaja a Europa donde entabla amistad y rápidamente enemistad con Vicente Huidobro, acontecimiento que dará origen a su primer ensayo *El creacionismo ¿es creíble?* Luego, permanece tres años en España donde funda la Facultad de Literatura en la Universidad de La Coruña.

Los siguientes diez años son de una importante fecundidad: *El ladrón de corbata* (1949) y *Mi gran amigo Gregorio Samsa y otros relatos* (1950), libros de cuento escritos a dos manos con el destacado José Donoso (con el primer libro obtienen el Premio Nacional de Cuento del diario El Mercurio. Tras la publicación del segundo, Vildósola es declarado Hijo Ilustre de Osorno y es elogiado generosamente, alcanzando el apodo del Henry James de los Andes). En 1951 aparece su primera novela *La viuda y el sepulcro*, demostrando que es un escritor completo, dueño de todos sus recursos, capaz de pasearse por la poesía, el ensayo, los cuentos y la novela, con una maestría atípica para su joven edad. El mismo año celebra su matrimonio con la madrileña Pilar Lasa, hermosa periodista y pintora. El año 1953, publica su segundo ensayo *Jenaro Prieto: un humorista excepcional* que capta la atención de los círculos literarios nacionales, los cuales, en procesión, visitan la tumba del autor de *El socio* y aclaman entusiastas, entre copas, por una entrega póstuma del Premio Nacional de Literatura. El año 1955 presenta su segunda novela *La caravana de huasos*, en la cual rompe con el realismo y criollismo imperante, para dar origen a una prosa más original y pretenciosa. Es homenajeado en México junto a Alejo Carpentier y expone su famoso discurso *Por qué Joyce y no Cervantes*.

El año 1956, Vildósola cae en una profunda depresión y junto a

su familia decide tomarse unos meses de descanso (que se transforman en años), con un breve paso por una casa de reposo donde conoce a Stanislaw Lem (1960). Reaparece en el Congreso de Intelectuales de la Universidad de Concepción el año 1962, con una novela bajo el brazo *Recuerdos de la vida de Wenceslao Puig: el rey del vicio*, libro que da origen al boom latinoamericano al ganar el premio Seix-Barral del año 1962. Los dos primeros lugares^[1] conforman un reconocimiento sin precedentes a la literatura latinoamericana, y un acercamiento espléndido entre Europa y nuestro continente. La novela, que supera las 500 páginas, posee una estructura innovadora, donde se concluye y glorifica el trabajo iniciado con *La caravana de huasos*: diálogos crudos, giros imprevistos, denuncia, cruce de voces y un desenlace fatal, aunque no exento de esperanza y escándalo, coronado con un final caótico y abierto. El año 1963 es nombrado Doctor Honoris Causa de la Universidad de La Coruña, casa de estudios que lo postula, sin éxito, al Premio Nobel. Durante un tiempo retoma su labor catedrática en Princeton, donde funda la revista literaria *Henry James* (debido a las voces de escritores contrarios al título de la revista, se debió cambiar el nombre a *Hemingway* y posteriormente a *Twain*, lo que causó la furia de Vildósola que renunció al proyecto en una catastrófica batalla campal en un bar de Dakota del Sur).

En el año 1965 regresa a Chile y publica el libro de poemas *Dios y diablo: cara y cruz*, creación que critica con vehemencia y lucidez el conservadurismo nacional y denuncia la supuesta farsa eclesiástica. A pesar de las críticas provenientes de la elite empresarial y política, este libro de poemas es rápidamente elevado a la categoría de culto entre los

¹ Segundo lugar de *La ciudad y los perros* de un joven Vargas Llosa.

intelectuales del mundo, y desde este momento se le conoce con el apodo del Baudelaire latinoamericano (críticos franceses que se oponían a este calificativo lo llamaban el Baudelaire sudaca. Vildósola jura no pisar más suelo francés). El mismo año colabora con la revista argentina *Proa* que lo eleva al sitio de mejor escritor chileno, causando las envidias y desaires de Pablo Neruda, Enrique Lafourcade y Jorge Edwards. *El trío maldito*, declararía Vildósola. El año 1966 recibe el Premio Nacional de Literatura junto a Juvencio Valle quien se ausentaría de la ceremonia en repudio a Vildósola.

Después de la publicación de *Dios y diablo: cara y cruz* comienza una nueva sequía literaria que coincide con el recrudecimiento de sus problemas psicológicos. El año 1967 se dedica completamente a estudiar las obras de Borges. El año 1968 lee por segunda vez las obras de Borges. En 1969 lee por tercera vez las obras de Borges. En 1970 vuelve a España donde es nombrado Rector Honorífico de la Universidad de La Coruña y es visitado regularmente por la mayoría de los intelectuales latinoamericanos, y algunos europeos, preocupados por su salud: Fuentes, Donoso, Vargas Llosa, Uslar Pietri, Sartre, Eco, etc. En 1972 se reconcilia con Pablo Neruda, reciente Premio Nobel, y este le regala una hermosa colección de conchas y caracolas marinas. Vildósola, en retribución, declara que volverá a escribir en honor al poeta, a quien llama el señor de los señores. Radicado en España, el año 1973 publica la fantástica novela *El origen salvaje* (dedicada a Pablo Neruda), obra que escribió en el tiempo récord de 17 días (desde la noche del 11 de septiembre hasta el 28 del mismo mes. 425 páginas). Una extraordinaria novela épica que cuestiona el pronunciamiento militar en Chile y satiriza a Pinochet en la figura de un Hitler medieval. Logra el premio Cervantes el mismo año y expone un emotivo discurso que tituló *Por qué Cervantes y no Shakespeare*.

A comienzos de 1974 retoma su vocación de ensayista y presenta *Una aproximación a Homero, con la perspectiva de un romántico ruso* donde demuestra sus amplios conocimientos sobre cultura griega. En marzo del mismo año, publica *Consejos precisos para reconocer a un gran escritor o para descartar a un simple aficionado* cuyos capítulos III, VII y XV los desarrolló junto a Enrique Lihn. En junio *El obsceno pájaro de la noche, una espeluznante obra maestra* ensayo donde sitúa a José Donoso por sobre el resto de los novelistas latinoamericanos. En octubre *Una mirada a Dostoievski*, trabajo que le impuso dos meses de investigación entre Siberia y San Petersburgo. En enero de 1975 publica su mayor obra ensayística (paradójicamente, quizá la mejor en lengua española) *Un recorrido crítico por la literatura alemana: de Heinrich de Veldeke hasta el teatro de Bertold Brecht*, título que logró en 1975 el prestigioso premio mundial de ensayo *París*. Vildósola no asiste a la premiación en el país gallo. En 1976 finaliza la etapa de ensayos con la obra *Nicanor Parra, el anti-nobel*, ensayo que introduce a la literatura de Parra, la destroza, analiza y vuelve a estructurar, para luego forzar un discurso memorable sobre la anti-poesía, y presenta sus inquietudes acerca de los parámetros que maneja la academia sueca.

En 1977 regresa a Chile enfrentando la oposición de la bancada militar. Para disminuir el rechazo, publica en un periódico santiaguino el poema *Chile, el joven eterno* en el cual, con grosera obviedad, da a entender que la sangre que vitaliza a la nación proviene de sus altísimas Fuerzas Armadas. En agosto es recibido de brazos abiertos en La Moneda.

En 1978 estudia por cuarta vez las obras completas de Borges, dando pie a una serie de nuevos libros donde se entrecruza la lucidez y la locura de Vildósola. Las obras de poemas: *Fervor de Osorno* (1978), *Libro del infierno y del cielo* (1978), *El potro* (1979); y las obras de cuentos: *Fricciones* (1978), *La*

muerte y la bruja (1979). Estos trabajos, cuyos títulos están directamente plagiados de Borges, posiblemente sean los más flojos del osornino debido a sus problemas mentales. Si ya en 1970 algunos especialistas hablaban de una probable esquizofrenia, en 1979 era una verdad absoluta. Sin embargo, como los trastornos se presentaban esporádicamente, Vildósola logró crear una obra extraordinaria, sólo interrumpida por breves lapsos de tiempo.

En 1980 fundó la *Sociedad de escritores del Boom*, con sede en Puerto Montt. Ésta sólo subsistiría un par de meses, ya que no contaba con el apoyo de la mayoría de los escritores, muchos de ellos de izquierda. En 1981, escribió su última novela *Las noches de Neruda*, una historia tanto biográfica como ficticia, que viene a poner en orden y al tope el alto nivel de Vildósola (nivel que había perdido con la serie de obras del periodo 1978-1979). Es considerada la mejor novela de los ochenta. La Universidad de Princeton lo postula al Nobel en el año 1981. La Universidad de Chile lo postula al Nobel el año 1982. No tuvo éxito en esas candidaturas.

Belisario Vildósola, cae en cama vencido por la esquizofrenia y una afección renal, el 2 de junio de 1983. Fallece en su casa de Puerto Montt el 3 de julio del mismo año. Lo acompañaban sus 13 hijos, su mujer, y una decena de escritores nacionales. Durante el resto del año se le rindió homenaje por todo el mundo, e imperó el debate de por qué no le dieron el Nobel.

LA LÁMPARA DE KAFKA

A Gabriela y Violeta

Durante el frío verano de 1899 en la ciudad de Leipzig, Otto Von Ruttermayer, un mediocre electricista de treinta años (casado, dos hijos), dedicó parte de sus noches a confeccionar un artilugio que pudiese superar la calidad de las lámparas a gas, que por aquél entonces habían aumentado su precio en el mercado. Principalmente por el monopolio de las Lámparas Müller, provenientes de Berlín. Sus esfuerzos estaban concentrados en la creación de una lámpara que aprovecharse el incipiente influjo de la electricidad por las calles de Sajonia.

Desde su nacimiento, la vida de Ruttermayer no había variado mucho. Originario de una aldea campesina, su madre oficiaba la honrada labor de cocinera en un sanatorio para tuberculosos, cuyo salario apenas alcanzaba para ayudar en el sustento de la choza familiar. Una noche, mientras lavaba los escupitajos de sangre de la vajilla, fue asaltada por uno de los internos. Violada en reiteradas ocasiones bajo la noche alemana -como para justificar la idea que los enfermos sólo piensan en copular-, un manto de tristeza la cubrió hasta el fin de sus días. Ni

siquiera el fruto del crimen, es decir, Otto Von Ruttermayer, pudo aplacar con la típica alegría infantil la condena desgraciada que habitaba en su espíritu.

Entre el cuidado de sus abuelos, pequeñas responsabilidades en el campo de cultivo y juegos con los otros infantes de la aldea, su niñez transcurrió con relativa tranquilidad. A la edad de trece años (un 3 de julio de 1883), la historia de un padre muerto en la guerra franco prusiana vivió un vuelco inesperado cuando el pequeño Helmuth Brüning, tras recibir un puntapié involuntario de Otto mientras corrían por las plantaciones de trigo, le increpó acusándolo de hijo de una puta y un tuberculoso loco. El inocente Ruttermayer, para quien su padre era un héroe, sólo atinó a desfigurarle la cara a puñetazos. Más tarde, el incidente fue dejado en manos del sabio abuelo quién aconsejó que era tiempo de contarle la verdad al pequeño, pues de no hacerlo en el hogar, la conocería de la crueldad infantil. Llevándolo a su habitación y acercándole un vaso con agua ardiente, el abuelo escogió, sutilmente -una sutileza vista desde la compleja perspectiva del anciano-, las palabras: Muchacho, existe un pequeño error semántico^[1] respecto a tu padre: no es un héroe. Básicamente Helmuth tenía razón, tu progenitor era un desgraciado tuberculoso que aprovechándose de la oscuridad del sanatorio violó a tu madre. Por otro lado, tranquilízate, pues mi hija no es ni nunca ha sido una puta. Por los siguientes cuatro años Otto fue curtiendo su carácter y endureciendo su temple, hasta crearse una coraza inexpugnable ante los vulgares apelativos de los que era depositario.

[1] Probablemente, esto corresponda a una licencia de los traductores, pues en 1882 aún no existía conciencia clara del concepto *semántico*, que, como es sabido, recién en el siglo XX vino a concretarse en el léxico lingüístico.

Tras escuchar en una feria que existía una sustancia mágica llamada electricidad que podía generar luz y hacer funcionar máquinas que parecían provenientes de otro planeta, Otto Von Ruttormayer decidió cuál sería su norte en la vida: luchar contra la oscuridad. Aquella misma tiniebla germana que permitió la vejación de su madre y su trágica existencia.

En ese objetivo, *leit motiv* irrenunciable, meditaba cada vez que se encerraba en su cuartucho para confeccionar la lámpara a electricidad que traería más luz al mundo en ese frío verano de 1899 en Leipzig. Pensaba en su madre que había muerto de deshonra hacía ya un decenio y también en sus hijos, frutos del amor por una mujer de origen polaco, Eva Platowski, que lo encandiló con la luz de su belleza y que tras sólo dos semanas de conocerla llevó al altar. Pensaba en su trabajo diario en la estación de ferrocarriles y en la pobreza que abandonaría. Pensaba en las mujeres que no serían violadas y en los poetas que podrían escribir tranquilamente hasta el amanecer. Y luego de mucho reflexionar, soñar y trabajar, el electricista hijo de un tuberculoso, un 24 de agosto de 1899 puso en funcionamiento lo que definió como la elegancia de un cisne y el poder de las estrellas: la primera lámpara eléctrica Ruttormayer.

A pesar que el alumbrado eléctrico recién recorría las calles de la ciudad, el éxito no se hizo esperar. Para 1908 se fabricaba la lámpara número 20.000, cuyo destino sería la hermosa ciudad de Viena y que probablemente -según el discurso del creador- alumbraría las sublimes partituras de un compositor austriaco. Sin embargo, en este punto de indefectible felicidad abandonaremos la vida de Otto Von Ruttormayer, para detenernos en uno de los ejemplares de más aventurera utilidad: la lámpara eléctrica 1.011.

Creada en 1902, pertenece a la primera serie de lámparas que salió

de los dominios alemanes del Káiser para dirigirse a la hermosura eterna del renacimiento florentino. En un mercado ubicado a pasos del Palacio Pitti, su esbelta figura inerte llamó la atención de una refinada dama: Giovanna Belletti, casada con el longevo doctor Dante Pasolini. Tras discutir con el comerciante por el precio de la lámpara -el hombre insistía que lo que ella juzgaba como excesivo en realidad ya era un regalo; la dama se defendía al observar que en la base de la lámpara existía una magulladura que se asemejaba a la letra H o, visto de otro ángulo, a un 88-, se logró un acuerdo que dejó bastante descontento al vendedor y satisfecha a doña Giovanna. Aunque, no es tarde para precisar, su belleza infinita era ya un motivo de eterna gratitud. Por tan sólo unas miserables liras, la lámpara Ruttermayer fue a dar a una antigua casona colindante con la galería de los Uffizi que contaba con el hermoso *Nacimiento de Venus* de Botticelli. Instalada sobre un rincón del comedor, útil para iluminar un modesto bar -el doctor Pasolini no era muy dado a la bebida-, algunas partículas de su luminosidad poseían la admirable costumbre de extraviarse por la derecha e ir a iluminar una hermosa edición de *La divina comedia* con ilustraciones que se remontaban al siglo XVI - el doctor Pasolini, en cambio, era muy dado a la lectura- y que la distinguida señora Belletti pasaba siempre por alto, pues tenía otras preferencias. En el último cajón del mueble en cuya parte superior habitaban cientos de libros, la dama escondía un ejemplar de *Justine o Los infortunios de la virtud* del Marqués de Sade que solía leer con devoción apenas el doctor se marchaba todas las mañanas. Sintiéndose intensamente representada por la protagonista la señora Belletti sufría una situación de tensa contradicción. Mientras por un lado sentía que su vida parecía una condena en la cual la libertad personal estaba proscrita y estaba obligada a ser retenida en una situación que lamentaba -a pesar que

alguna vez disfrutó, pues contrajo matrimonio a su propia voluntad y creyendo estar profundamente enamorada de aquel hombre mayor, amigo de la familia Belletti-, por otro lado, no veía con malos ojos el ser obligada a sufrir (gozar) los concadenados vejámenes sexuales de los que era víctima la heroína carnal de Sade, especialmente si consideramos que el doctor Pasolini ya no estaba en edad de grandes hazañas conyugales, y más aún si observamos su fervorosa vocación por la medicina que lo ausentaba incluso días enteros.

A mediados de 1904, la lámpara fue cambiada de sitio y puesta sobre el velador del matrimonio Pasolini, cuyo menor volumen espacial permitía apreciar de mejor manera la potencia del artilugio. La primera noche tras la mudanza, la lámpara Ruttermayer 1.011 fue testigo del último encuentro amoroso del matrimonio florentino. Doña Giovanna, afiebrada por algunos pasajes de *Justine*^[2], se mostró más cariñosa que de costumbre con su anciano marido. Éste, recostado de espaldas a su mujer por míseros segundos se sintió halagado por la pasión de las caricias sobre su cabello, su pecho y por los suaves mordiscos que recibía en los hombros, y de haber sido diez años más joven la idea de ardor y lujuria se habría concretado en la petrificación de su virilidad y habría amado a su hermosa escultura florentina con extremado vigor. Sin embargo, humillado por su propia incapacidad, comenzó con bruscos movimientos a deshacerse de su mujer señalándole con enfado su cansancio y sus enormes responsabilidades en la ciudad. La distinguida señora Belletti

[2] Durante el transcurso de la tarde, la señora Belletti había leído aquel episodio en el cual los monjes del convento ponían al centro a la pobre peregrina y, dando círculos alrededor de la desnuda humanidad, iban criticando y enjuiciando con obscenas depravaciones la belleza de Justine.

hacia oídos sordos a los reclamos y poseída por el fuego, se montó sobre su marido e intentó introducirle su fina lengua por la boca fieramente cerrada, mientras sus manos pasaban velozmente de rasguñar los brazos a introducirse bajo la pijama y aferrarse a la blanda masculinidad. Sus caderas parecían una embarcación sobre la más furiosa tempestad, mientras un perplejo doctor Pasolini ya ni siquiera intentaba calmar los ánimos de su salvaje cónyuge. No obstante, siendo los caminos del señor misteriosos, tras haber cedido su boca a la afilada lengua de doña Giovanna ocurrió el milagro para un hombre que ya no creía en ellos. Durante un par de minutos su cuerpo respondió como un adolescente y se irguió sólido para entrar primorosamente en la humedad del secreto femenino, produciendo (regalándose) un hilarante quejido de satisfacción de la hermosa y joven dama. Sus manos volvieron a recorrerla como escasamente lo había hecho en sus años de matrimonio y volvió a reconocer el placer de la carne y el placer de posar los labios sobre tersos pechos ardientes. Alcanzó el éxtasis tempranamente, gratamente acompañado por el coincidente éxtasis de la mujer y sintió, en ese paraíso, que el aire desaparecía de sus pulmones y se negaba a ingresar nuevamente. La señora Belletti, bañada en sudor, notó la desesperación de su amante y encendió la luz, la lámpara Ruttermayer 1.011. Aún agitada, se separó del cuerpo para ser testigo de su iluminada extinción. Tras golpearse el pecho con violencia y transformar su rostro en una desfiguración violeta, el doctor Dante Pasolini, de setenta y cuatro años, nacido en Roma, dio un último aliento, eternamente dibujado en una suerte de sonrisa forzada.

Por las circunstancias, durante el funeral la lámpara volvió a salir del dormitorio para posarse sobre una mesa cubierta con copas de vino. Hubo mucha gente en la casona florentina, lo que daba a entender que

el occiso había llevado una vida de rectitud y solidaridad, construyendo sinceras amistades en cada punto de la ciudad donde otorgaba sus servicios. Su *elegancia de cisne* llamó la atención de un sacerdote milanés que estaba de paso por Florencia y que hacía un par de semanas se había recuperado de un fuerte resfrío gracias a los cuidados del doctor Pasolini. Tras dirigir la eterna costumbre del rosario y officiar una improvisada misa elogiando el corazón del difunto y tranquilizando a sus deudos con palabras que remitían a la vida eterna y a un mejor porvenir en el cielo - *Dios estará feliz de recibir a uno de sus más nobles hijos*-, aprovechando el descuido de los presentes, atentos al desmayo de la viuda, el padre Paolo Velmonti tomó la lámpara y la introdujo en su bolso de viaje. Luego de bendecir a cada uno de los familiares del doctor, con sabia diligencia, escapó como un chicuelo por las asoleadas calles que alguna vez presenciaron la mítica figura de Lorenzo de Médicis.

Durante su regreso a Milán, el padre Velmonti rezó 67 padres nuestros en penitencia por el delito que había realizado. Junto a él, dos maletas y su bolso con el cuerpo del delito, y otros cuerpos de delitos, pues el siervo de Dios sufría una intratable cleptomanía desde la infancia. Monedas de oro, copas, plumas de plata, pañuelos, relojes de bolsillo, poblaban su equipaje como recuerdo de su visita a Toscana, incluyendo un pequeño boceto de las riberas del Arno de incalculable valor, dibujado por la talentosa mano de Brunelleschi. Desgraciadamente, al arribar a la capital de la región de Lombardía, la escandalosa discusión con un judío en el tren acerca de la veracidad de los evangelios apócrifos, permitió que el bolso fuera olvidado bajo el asiento y continuara viaje hacia Turín donde pasará de mano en mano por distintos comerciantes. De este modo, la lámpara Ruttermayer 1.011 comienza un vertiginoso periplo por distintos puntos de Europa.

En 1906 encontramos al artilugio iluminando una taberna nocturna en Ginebra, Suiza, muy frecuentada por entusiastas rusos. En 1907 es nuevamente robada y llevada de vuelta a Florencia para honrar el escritorio de un abogado italiano. Aquí, entre papeles, carpetas y humo de cigarrillos, pasa sin pena ni gloria varios años. Su potencia, a pesar del tiempo, se mantenía intacta. En 1910, el abogado se declara en quiebra, siendo confiscadas la mayoría de sus pertenencias, muchas de ellas arrumbándose en la bodega de uno de sus acreedores. Es en esta oscuridad sofocante que la lámpara Ruttermayer 1.011 queda abandonada a su suerte. Tras ser analizada por el olfato de una rata, en el verano de 1911, sufre una de sus más terribles heridas: es mordisqueada sin contemplación por una docena de roedores hambrientos que han visto en su *elegancia de cisne* un suplemento gratificante de la ausencia de alimentos en la bodega. No sólo ella sufre las consecuencias de la madre naturaleza, además caen en desgracia cientos de documentos, fotografías, chaquetas de cuero, pantalones de fina tela y una copia posiblemente original de la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios* de Diderot, que pretendió reunir todo el saber de su época. En octubre de 1913 vuelve a ver la luz, cuando el otrora acreedor del abogado decide mudarse de Florencia a Riva a sólo kilómetros de la frontera con Suiza. Pero el destino no varió mucho para la lámpara Ruttermayer creada en 1902, pues al constatar su deterioro fue desechada por el dueño y vendida junto a otras baratijas a un anticuario suizo, que a su vez, reparó con talentosa prolijidad y regaló a su sobrina de iniciales G. W.^[3] Por aquellos días, la muchacha había entablado amistad con un abogado judío praguense de treinta años, cuya enigmá-

[3] La Historia no ha guardado datos más precisos de su identidad.

tica personalidad la había cautivado hasta el punto de convertirse prácticamente en su compañera sempiterna durante la visita a Riva. Sin embargo, nada es para siempre. Antes de finalizar el mes, el abogado regresaba a Bohemia dejándole de recuerdo unas anotaciones de su puño y letra, parafraseando unos versos amorosos de Goethe. En retribución, G. W. le obsequiaba la lámpara Ruttermayer 1.011, cuya marca en forma de H u 88, era el único signo de sus más de diez años de viajes.

18 de noviembre.

Volveré a escribir, mientras tanto, ¡cuántas dudas he tenido sobre lo que escribo! En el fondo soy un ser incapaz e ignorante, que si no se hubiera visto obligado, sin el menor mérito de su parte, y sin advertir casi la obligación, a ir a la escuela, sólo podía agazaparse en una caseta de perro, y saltar hacia arriba cuando le ofrecieran de comer, y volver de un salto a su caseta inmediatamente después de tragarse la comida.

Dos perros corrían en direcciones opuestas y encontradas, en un patio violentamente iluminado por el sol.

Me atormenta el principio de una carta a la señorita Bl.

El abogado se ausentaba durante gran parte del día de su habitación. La lámpara Ruttermayer 1.011 había sido instalada sobre un sobrio escritorio de madera y de vez en cuando ingresaba una mujer a ordenar y airear la pieza. A veces se quedaba contemplando la lámpara; en otras ocasiones, la encendía y apagaba, una y otra vez, para luego detenerse en algún escrito del abogado o volver tras sus pasos para no

retornar hasta el otro día y repetir la rutina. No obstante, el verdadero espectáculo lo constituía el abogado cuando hacía de las noches días, acompañado por sus cuadernos y la luz artificial. Algunas veces, quizás por cansancio, detenía su laboriosa muñeca, se deshacía de la pluma y recostaba su cabeza sobre el escritorio durante largos minutos, para luego levantarla con brusquedad, en señal que había encontrado lo que buscaba en sus pensamientos y así poder plasmarlo sobre el papel. Alrededor de las tres de la mañana religiosamente solía ponerse de pie, apagar el artilugio y acercarse a la ventana para contemplar la tenebrosa oscuridad de Praga.

La atmósfera del cuarto era una mezcla constante y paradójica de melancolía y entusiasmo. Cuando el abogado se anclaba al escritorio, sus ojos lucían de rebotante pasión y la energía que emanaba de sus cuadernos parecía iluminarlo todo, como si la lámpara Ruttermayer 1.011 fuera innecesaria y en plena negritud de la noche el escribiente disciplinado fuese capaz con la luz de su pensamiento de transcribir lo que le dictaba su genio. Pero cuando abandonaba su posición y comenzaba a girar sobre sí mismo o se detenía junto a la ventana o se recostaba durante algún momento, el aire se volvía pesado y el espacio se transformaba en un vacío nostálgico y fúnebre. *La vida y por sobre todo la felicidad - escribió en el reverso de una tarjeta de presentación- sólo es posible encadenado a la palabra.*

En los inventarios de la empresa de Lámparas Ruttermayer, en las cuentas de los innumerables vendedores que la comerciaron y en los documentos legales de la expropiación al abogado florentino, la lámpara 1.011 sólo figuraba como una cifra, como una frase en un índice, como un número. El 12 de diciembre de 1913 es la primera vez que se da cuenta de su luminosidad y se habla de ella en términos diferentes. En

esa fecha, el abogado bohemio escribe en lengua alemana:

Hace poco me he mirado atentamente en el espejo -aunque a la luz artificial y con la lámpara detrás, de modo que en realidad sólo el vello del borde de las orejas aparecía iluminado- y mi cara, aún después de un examen bastante riguroso, me ha parecido mejor de lo que suponía. Un rostro claro, cuidadosamente formado, de contorno casi hermoso. La negrura del pelo, las cejas y las órbitas de los ojos expresaban una especie de vida en medio de la pasiva masa restante. La mirada no es nada desolada (ni rastros de eso), pero tampoco es pueril, más bien increíblemente energética; aunque tal vez sólo fuera porque me observaba a mí mismo y quería asustarme.

Un pequeño paso hacia la posteridad. Un registro de tiempo. La representación de un artilugio cuya insignificancia material no disminuía la belleza de su función, aquélla que prefiguró Otto Von Ruttermayer en ese frío verano de 1899.

Cada noche, abogado y lámpara se unían en la complicidad de la escritura. La luz de uno y otro se fundían en la letra que iba dibujándose en las hojas amarillas. En más de una ocasión el amanecer avisaba que ya era hora de apagarla, pero el abogado -quizás por costumbre, quizás por no variar el estado de las cosas cuando escalaba a lo más alto de la inspiración- la mantenía encendida, hasta que la luz natural y la artificial se hacían indistinguibles en la pieza. Sólo los primeros sonidos que señalaban que los seres vivientes de la casa empezaban su día, permitían que el abogado se decidiera por el sueño. Un sueño que generalmente no sobrepasaba la hora, salvo los fines de semana en que sólo volvía a abrir los ojos alrededor del mediodía.

Una mañana, tras un sueño tranquilo, el abogado judío se levantó

con alegre semblante. Tras observarse en el espejo -tal como aquel 12 de diciembre- se puso a hurguetear entre sus libros y hojear sus cuadernos, ordenados uno sobre otro en una repisa junto a la cama. Luego, con sus dedos peinó el cabello hacia atrás, aplastándolo con vigor. Se vistió, anudó su corbata y nuevamente se detuvo frente al espejo para tomar una pose solemne, tal como haría un hombre importante enfrentándose al lente de una cámara fotográfica. Emitió una carcajada y se instaló rápidamente en su escritorio para escribir en una hoja escogida al azar de un cuaderno, la letra *K*. Su mirada centelleaba y recorría cada contorno de la letra. Luego examinó su pluma con cuidado, como si se tratara de la pluma de un extraño; continuó por su muñeca, la manga de su camisa, regresó sobre el cuaderno y avanzó milímetro a milímetro hasta salir de los márgenes de la hoja. Continuó por las minúsculas grietas y dibujos naturales de la madera hasta posarse en la base de la lámpara, fijándose en la abolladura, ya oxidada, en forma de *H*. Por un buen rato se quedó como hipnotizado y no se le movía ni un ápice de la cara. De un momento a otro sus ojos reflejaron angustia y desconcierto. Con el paso de los minutos comenzó a temblar y su rostro figuraba el espanto. Dubitativo, giró levemente la lámpara para constatar que desde otra perspectiva la *H* parecía un número 88, anotándolo en su cuaderno abierto. Finalmente, debajo del 88 escrito en la hoja, anotó: *HH*. Antes de ponerse de pie -tocaban a la puerta- con la punta de una de sus llaves, modificó la abolladura de la base de la lámpara Ruttermayer 1.011, dejando una clara y hermosa letra *K*. Al abrir la puerta aquél día domingo, ingresaron sus tres hermanas -Elli, Valli y Ottla-, a quienes el abogado abrazó con efusividad, no pudiendo contener un terrible llanto. La sorpresa que sintieron las recién llegadas, no les permitió decidirse entre la risa o la tristeza, quedando estáticas frente al hombre que se

derrumbaba a sus pies.

2 de agosto.

Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, en la Escuela de Natación.

El tiempo pasaba sin mayores contratiempos. Había estallado una guerra en Europa, sin embargo, todo continuaba en relativa calma. A excepción que por motivo del mismo conflicto bélico un cuñado del abogado fue enviado al frente, debiendo la hermana y sus niños mudarse nuevamente a la casa familiar. A causa de esto, el abogado tuvo que arrendar un piso donde vivir solo. Tenía 31 años y la lámpara se iba con él. En ocasiones se oían los desfiles transitar por la calle o los discursos del alcalde exaltando las virtudes del monarca austro húngaro, ante lo cual el abogado judío solía musitar: ¡Qué repugnancia!

Durante la segunda quincena de agosto ocurrió un evento inesperado. Una mañana golpearon a la puerta dos hombres desconocidos que sin hacer las presentaciones debidas comenzaron a interrogarlo. Lo querían saber todo: fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, situación laboral e integrantes de la familia. El abogado, algo aturdido por la avalancha de preguntas se recostó sobre el sofá y cerró los ojos. ¿De qué se trata todo esto? ¿A qué maquinaria perversa representan sus credenciales? preguntó con tono enfático. Los dos hombres se miraron entre sí y asintieron al mismo tiempo. Uno de ellos respondió. Usted es un hombre adulto, señor abogado, ¿no cree que debiera estar defendiendo a su pueblo?

¿Mi pueblo? -inquirió retóricamente. La opinión de un pueblo

generalmente no tiene mucha preponderancia a la hora de tomar las decisiones sobre sí mismo. No creo representar al pueblo al instante de decidir o no decidir desenfundar la espada. El pueblo sobrevive bajo el yugo de la ambición monárquica y no sobrevive por su propia convivencia. Pues sepa, usted -intervino uno de los hombres- que aquel monarca al que usted ofende, no es el monarca del pueblo, sino que el pueblo mismo. El abogado guardó unos segundos de silencio, reflexionando en los matices de la conversación. Pues bien -expresó con serenidad-, he de imaginar, entonces, que el monarca es el primero que está embarrado en las trincheras y es en quien recae la gran responsabilidad de su defensa, por no decir que es el primero en poner su pecho ante la agresión maligna de los enemigos del pueblo. Luego de emitir sus juicios, el abogado extrajo de un cajón junto a su cama un documento que acercó a los dos hombres que permanecían estupefactos ante la última contestación. Lo leyeron juntos, acercando sus cabezas hasta tocarse con los cabellos de uno y otro. ¡Ja! -expresó burlescamente uno-. Es un funcionario imprescindible. El otro musitó irónicamente: es un funcionario imprescindible, pero no un soldado imprescindible. ¡Bellaquerías! A través de este papel se salva de la justicia y de la guerra, señor abogaducho, pero no crea que su acción, no dudo que detrás de la aprobación de este documento existen oscuras influencias y actividades ilícitas, lo exenta de la culpabilidad, al menos no de una culpabilidad moral ante los miles de valientes que luchan para que usted pueda hoy estar cómodamente tirado sobre su sofá. No soy culpable -exclamó el abogado poniéndose de un salto de pie-. ¿Cómo podría ser culpable un ser humano ante una situación como ésta? Todos somos aquí hombres imprescindibles, tanto los unos como los otros. Es cierto -dijo uno de los hombres cuando ya se aprestaban a marchar- pero precisamente así es como suelen hablar los

culpables. Luego ambos hicieron una reverencia y cerraron violentamente la puerta. Con el impacto, cayeron unos cuadernos de la repisa.

A partir de este tenso acontecimiento, el abogado retornó a la escritura nocturna con infinita dedicación. Inclusive, durante el día también se encerraba a escribir, probablemente por la extensión de un permiso en el trabajo con el único propósito de hundirse en la literatura. La lámpara Ruttermayer 1.011, con tanto uso, probablemente ya habría expirado su límite de caducidad natural, sin embargo continuaba emitiendo su luz amarillenta como si se tratara del primer día en Florencia. Pasaron los años, por lo demás, calcados uno de otro. Hubo un par de nuevos cambios de domicilio; de vez en cuando el abogado era visitado por una mujer con quien tenían extrañas situaciones eróticas que se acercaban más a la angustia que a la pasión; muy regularmente sufría de ataques de tos; pero la escritura seguía su camino inalterable. Para 1917, los cuadernos del abogado ya repletaban la repisa y otro grupo formaba una torre de unos 30 centímetros sobre el escritorio.

Para agosto del mismo año, el abogado vivía en dos habitaciones que había alquilado en una residencia señorial del siglo XVIII, el palacio Schönborn. No estaba bien de salud. Se le veía angustiado y pálido, y por las noches sufría de escalofríos. Le costaba escribir, su mano temblorosa apenas permitía registrar palabras legibles. Su mirada perdida en la oscuridad solía nublarse de lágrimas tras cada ataque de tos. El 4 de agosto, a duras penas pudo escribir: *La «Literatura» constituye una violencia del lenguaje.* Leyó en voz alta la línea, meditó un par de segundos y la tachó con la pluma. Volvió a intentarlo: *La palabra «Literatura» representa el lenguaje en toda su violencia.* Se puso de pie, apagó la lámpara Ruttermayer 1.011 y se recostó en el sofá, repitiendo en voz baja: *La palabra «Literatura» representa el lenguaje en toda su violencia.* De un

segundo a otro, su respiración se tornó pesada y ruidosa, como si el tubo respiratorio se hubiese llenado de arena. Débilmente escupió un par de veces en el lavatorio, volvió a la silla y encendió la luz. La lámpara titilaba, lo cual fue remediado con un par de golpecitos con el dedo índice en el foco. Nuevamente tachó lo escrito y al inclinarse más sobre la mesa su pecho agudizaba un leve silbido. Tomó la pluma y la entintó. *La palabra «Literatura» dicha como reproche constituye una abreviatura de lenguaje violenta -borró violenta- tan violenta que, tal vez desde el primer momento esa fue la intención, poco a poco ha llegado a implicar también una abreviatura de la memoria -tachó de la memoria- del pensamiento, que impide una perspectiva adecuada y desvía el reproche, haciéndolo caer muy lejos del objetivo -tachó objetivo- blanco.* Luego de este último esfuerzo, le vino otro repentino ataque de tos, tan violento, que tuvo que afirmarse de los bordes del escritorio para no darse un golpe en la frente contra la lámpara que volvía a pestañear. Después de reponerse descubrió que su diario estaba bañado en saliva, que había creado minúsculos manchones con la tinta; observó restos de mucosidades sobre la madera e incluso en el foco de la Ruttermayer 1.011 donde había una mancha rojiza más grande que las anteriores. Se acercó lentamente -el último ataque lo había debilitado bastante- y examinó el vidrio. Era sangre. En el exterior, la luna de Praga refulgía tan potentemente que los antiguos pasadizos y construcciones plomizas de la ciudad daban un espectáculo tristemente sublime. Con la punta de la pluma fue marcando alrededor de la mancha de sangre, dejando un contorno negruzco, como si se tratara de una configuración abstracta de Wassily Kandinsky. Con el calor de la lámpara, esa primera evidencia de hemoptisis se fue evaporando hasta dejar un amorfo pincelazo color café oscurecido en sus bordes. El abogado, atrapado en esa señal de muerte ni siquiera ponía atención en el pestañeo

que marcaba el final del artilugio, irónicamente coincidiendo con lo que entendió como el principio, el nacimiento de su derrota definitiva.

Apagándose, para ya nunca más volver a cumplir con los deseos de Otto Ruttermayer, la lámpara 1.011 creada en 1902, a la mañana siguiente fue tirada a la chimenea junto a otros escritos del abogado, quien ante la inminencia de la muerte no distinguió su propia carne de la tinta de la pluma^[4].

22 de septiembre.

Nada.

[4] Cuenta Canetti en su libro sobre Kafka que el más grande escritor del siglo XX comprendió que los dados estaban tirados y que ya nada le separaba de la escritura el día en que por primera vez escupió sangre.

Literatura + Enfermedad = Enfermedad. Roberto Bolaño.

LA ENVIDIA

A Kato Ramone

Un ejemplo: X es un escritor mayor que se niega a leer a Bolaño. Teme, terriblemente, descubrir que Bolaño le va a restregar la verdadera literatura en la cara. Por supuesto no le da créditos. Da charlas y conversa con amigos de *La odisea*, *La divina comedia* y el *Quijote*. Porque, claro, hablar de Homero, de Dante y de Cervantes, no constituye un peligro, un riesgo para sus ilustres propuestas literarias. Porque no son contemporáneos y nadie los va a comparar y ningún comunista va a salir por detrás de una mesa con una molotov en la zurda. Hablan de cosas comunes, de literatura clásica y admiran, repito, a Cervantes, porque Cervantes está muerto. De vez en cuando se ríen de la obra de Coelho, porque, por supuesto, es fácil reírse de la obra de Coelho o porque nadie puede ponerse serio hablando de Coelho. Así como van las cosas, cada uno de los amigos de X, incluyéndolo, hablan y hablan y se elogian y se soban las espaldas y nadie osa nombrar a Roberto Bolaño. Sin embargo, Bolaño está presente y se les aparece en la memoria más de una vez. No lo dicen, porque lo tienen proscrito, porque Bolaño escribió de frente,

entrando corriendo en una habitación a oscuras, como él mismo subrayaba, cuestión que ninguno de ellos ni siquiera imaginó hacer porque estaban muy ocupados con las tertulias, la repartija de premios y con sus cargos diplomáticos. Pero X, sí lee a Bolaño, corrijo, bajo su cama esconde un ejemplar de *Los detectives salvajes* y todas las noches mientras su mujer duerme, lee un parrafito y se larga a llorar, acechado por la envidia.

LA PENA MÁXIMA

A don Rigoberto y Sebastián González

Que no me vengan con cuentos: el más grande jugador de fútbol que ha existido hacía de las suyas en las canchas de Pelarco, lugar perdido entre los cerros y adornado por canales de regadío, viñas y un extremo silencio que hace que hasta el tiempo se detenga para ver cruzar el sol de lado a lado. Se llama Segundo Domitilo Soto Rojas y a sus treinta años es un hombre viejo y acabado. Lo recuerdo corriendo desde su casa en las faldas de Las lomas de Santa Rita hasta su escuela en medio del pueblo. Siete kilómetros cada mañana, con la transpiración sonriendo en las sienes y el balón de cuero pegado al empeine, como si lo llevara a riendas. Lo recuerdo flaco y fibroso como un galgo. Lo recuerdo en medio de la cancha gritando gol para alegría de los viejos que nunca pusieron pie en otras galerías que no fueran las del campeonato comunal. Lo recuerdo derecho pa' la casa después de los partidos, cuando don Peyuco se negaba a venderle una copa de vino en la celebración, para no ver cómo la estrella del futbol se perdía junto a los otros en el vicio. Lo recuerdo con las muletas y la mirada en el suelo, tomando el sol afuera

de su casa, esa vez que nos vinimos en el bus de las tres, en junio del noventa y ocho, para vivir en la ciudad con mi familia y no volver nunca más. Pero el terremoto de este año puso a la vista todas las memorias.

Mochila al hombro debía constatar, ilusoriamente, que el derrumbe había puesto las cosas en su lugar (el lugar de mi infancia) y que todo Pelarco seguía en pie un domingo en la tarde, gritando los goles de Segundo Soto, el pelotero lindo, como le decía su abuela.

Los años pesan en la mirada, pero sigue siendo la misma mirada. En medio de la plaza de Pelarco, pasé a tomarme una bebida y de entrada, al reconocirme, don Juan me pegó una sonrisa arrugada por el cigarrillo, mientras limpiaba los vasos en el lavaplatos del kiosco. ¿Todavía pone la pierna firme cabrito o la ciudad lo puso medio mariposón?, preguntó como si sólo ayer hubiera estado allí con los otros, pateando una botella en medio de la plaza. Los otros, los que siguen ahí, los que canjearon goles con botellas vacías por botellas de vino empinadas como si el mundo se fuera a acabar. Todavía, don Juan, eso no se pierde, respondí con cierta indiferencia. He vuelto para ver cómo andan las cosas, cómo están los amigos, si el pueblo sufrió mucho con el terremoto, agregué. Aquí nada cambia, cabrito, algunas casas se cayeron, un par de viejos se fueron pal' otro lao', pero ni un terremoto nos haría despertar, contestó. Luego terminé mi bebida en silencio, un silencio de familiaridad y embarazo, guardando lo que yo debía preguntar don Juan sabiendo que yo nunca preguntaría. La clave de la comunicación en el campo está en nunca decir lo que uno lleva adentro.

Rato después, me despedí. Me fui por la calle principal y logré ver de lejos como la gente volvía a sus casas luego de la misa de domingo. Decidí no acercarme, mientras contemplaba rostros conocidos, pasos familiares. Me quedé sentado en la garita, sin querer interrumpir con mi

presencia forastera la rutina aquella en la cual nada nuevo sucede.

El campeonato del noventa y siete fue el año en que Segundo Soto explotó en todo su talento. Con sólo diecisiete años y hastiado de *campeonar* con las juveniles, tuvimos que comprar al secretario de la federación para que lo inscribiera como mayor de edad y pudiese jugar en la serie de honor. Por un ternero y dos chivos, el secretario dejó la ética al fondo del papelerero.

Los hinchas rivales que llegaban en camionetas o simplemente a caballo, terminaban dividiéndose consternados ante las piruetas de nuestra estrella: mientras la mitad de los rivales aplaudían respetuosos, la otra mitad ofrecía peleas a mano limpia. Algunos de nosotros, terminados los partidos, debíamos armarnos de valor y hacer las veces de guardaespaldas para proteger al Segundo que nos pedía lo dejaran solo para demostrar que también tenía talento para defenderse como un hombre. Nunca lo permitimos, nadie pondría en riesgo la integridad de Soto sobre todo porque hacía veinte años que Pelarco no se quedaba con el campeonato comunal en serie de honor.

Jugaba con la diez y no es que fuera rápido, pues había otros que en eso le ganaban como el Negro Peuco, el Águila Murga y el Chocolo, que se turnaban constantemente entre las bandas. Lo suyo era la inteligencia, el engaño y un control del balón que hacía suponer que tuviera pacto con el diablo. Siendo más bien lento, podía dejar a los rivales metros atrás con una breve explosión que en tres pasos lo ponía en ventaja, pero eso era todo, lo demás: gambetas, frenadas, bicicletas y una mirada perdida en el vacío que desconcertaba a todos los defensas. Yo lo conocía bien, pues jugábamos juntos desde cabros, cuando le dábamos duro a los pelotazos en la plaza o los domingos cuando abrían el estadio y jugábamos memorables partidos atrás del arco sur, mientras la serie de

honor se jugaba la vida en la cancha central. Le admirábamos hasta la forma de abrocharse los zapatos. Le admirábamos la elegancia y su galantería con las quinceañeras. Tenía hipnotizadas a la hija de don Herminio, el presidente del Club de Rodeo; a la Carmen Palillo, la misma que se llevó la leucemia; y a la rucia Paloma que quedó embarazada del Negro Peuco, a quien el Segundo le quitó el saludo y nunca más le dio un pase. Si Segundo no te consideraba en la cancha, olvídate de figurar y mejor pedirle a la familia que se fuera a dormir la siesta, porque ese día no verías la pelota a menos que la trancarás con la cabeza.

Según se comentaba, teniendo el alcalde conocidos en Talca, pronto vendría un profe del Club Rangers, para llevarse al Segundo y convertirlo en profesional. Sería de los pocos que no se quedaba a sepultar sueños por las calles de tierra de la vieja Pelarco.

Faltaba un par de fechas, íbamos punteros con una ventaja de 3 puntos sobre San Rafael, el eterno campeón. Sólo habíamos perdido 4 partidos, precisamente cuando el Segundo estuvo con apendicitis. Nadie se creía el cuento del alcalde, aunque en el fondo todos sabíamos que frente a nosotros había uno como jamás se había conocido, que de no mediar los vicios, las mujeres o las lesiones terminaría jugando en Colo Colo. Nadie le creía al alcalde, repito, por eso cuando vimos llegar una camioneta con la insignia del club talquino, todos nos quedamos de una pieza, sin reparar que los de San Rafael esperaban hacía 15 minutos que les abrieran los camarines. Los comentarios corrían de boca en boca, hasta que el capitán de los viejos crack tomó la palabra: hay que hacer que Sotito no se dé cuenta, no vaya a ser que se le chinguen los meados y se nos ponga nervioso frente a los maricones de San Rafael. Recibido por el alcalde, el veedor era un viejo canoso y engominado, alto y fornido, que se dice había sido arquero de Rangers durante glorias pasadas.

Minutos antes de salir a la cancha se acercó el presidente del club al alcalde y mediando un vaso de chicha y unas empanadas de horno, pidieron al veedor si podía mover la camioneta porque por ahí se ponía la ambulancia que imponía el reglamento. El viejo no se hizo problemas y estiró la mano con las llaves en una muestra de entera confianza futbolera. Donde existe una pelota, compadre, somos todos amigos, expresó. Lo sé muy bien, pues yo mismo, a la que te criaste, la dejé estacionada al otro lado de la media luna como me pidió el presidente del club, lejos de la mirada de Segundo, mientras tragaba la rabia de la expulsión en el partido pasado que me había dejado fuera del clásico.

Como nunca se había visto, el estadio estaba repleto de tope a tope. No es mi intención narrar las anécdotas del partido, salvo mencionar que jamás se ha visto gol más hermoso como el 1-0 con el que dejamos a San Rafael con toda su fanfarronería mascando lauchas. Con las semanas se llegó a decir que Segundo se pasó tres veces a cada uno de los rivales; con las semanas se dijo que Segundo volaba sobre el césped de malezas; con las semanas ese gol había sido narrado tantas veces, contado desde tantos ángulos distintos, modificado por las hipérboles del alcohol y la noche que ya parecía mentira. Pero juro que ningún relato le hacía justicia. Dicen que hasta el veedor de Rangers se puso a llorar cuando en el clímax de la jugada, Segundo, el pelotero lindo, de tanta gambeta y baile hizo que el defensa en el enredo, se desgarrara el muslo y chillara de dolor como un chanco acuchillado en los potreros; para entrar limpiécito al área, caminando, como si los otros defensas estuvieran embrujados en la rendición, y de una sola mirada a la derecha pusiera al arquero como un saco de papas en el suelo y se fuera por la izquierda, tranquilo y gritando gol antes de acariciar con la zurda la pelota y depositarla suavemente, como a una dama en el glorioso lecho de las redes.

Dicen que al terminar el partido, el veedor se acercó al Segundo, le dio las gracias por tan bello momento y lo citó para el lunes en el estadio fiscal de Talca.

Sólo por esa noche don Peyuco permitió que todos agasajaran a Soto con manifestaciones de alegría y reiterados brindis con vino bigoteado. De tan curados que estábamos, con suerte nos dimos cuenta que en honor al equipo el alcalde se cantó una ranchera a grito pelado, abrazado del presidente del club y el veedor que contagiado por la euforia celebraba como si hubiera sufrido en carne propia los veinte años de derrotas. De haber sabido lo que iba a pasar, todos hubieran cambiado ese mísero campeonato por ver al Segundo por la tele, tal vez el primero que aparecía en la tele.

No fue muy difícil encontrar al Segundo en mi regreso a Pelarco. Bajo los álamos del estadio, la sombra proyectaba una frescura que caía pertinente sobre la entrada del bar de don Peyuco, ahora administrado por su viuda, la señora Clara. Por lo que leí en la pizarra, ese día se jugaba contra San Francisco y la entrada estaba a 300 pesos. Un perro atravesaba la cancha intentando atacar a los queltehes que picoteaban por el césped. En la entrada del bar, sentado en una banca, con la muleta de madera apoyada en la pared, el Segundo se empinaba una caja de vino tinto. Lo observé a distancia y pude notar que en su cara se habían dibujado los rasgos típicos de los alcohólicos. Ya no era la misma cara que en esa noche de celebración en que Rangers se lo llevaría para iniciar su carrera exitosa, ese día que hizo el gol más hermoso que se haya visto por la comuna de Pelarco, ese día que enterró veinte años de vergüenzas.

Tipo tres de la mañana, en esa celebración, el alcalde me llamó a un lado y musitó algo que creí interpretar en mi borrachera como: Toma las llaves y acerca la camioneta del profe de Rangers que se regresa a

Talca. A esas horas de la noche, Segundo Soto poco acostumbrado a la bebida había perdido la razón en la euforia y se había puesto como perro guardián prohibiendo que cualquiera del equipo se fuera a acostar. Tal vez por eso me miró enojado cuando salí.

Ahí estaba ahora Segundo Soto, en el mismo bar, levantándose a duras penas, quizás para dar una mirada a la cancha, esa que lo vio feliz, por si ya empezaba a llegar la gente para el encuentro con San Francisco. Ahí estaba dándose un porrazo que lo dejó con la boca metida en la tierra, tal vez apretado por el peso de haber sido la eterna promesa. Algo balbuceó, levantando polvo del suelo. No fui capaz de acercarme y ayudarlo, por culpa. Lo observé atónito, tal como en esa noche del gol más hermoso, en la cual yo volvía con la camioneta de lado a lado, cagado de la risa por el campeonato, para quebrarle las piernas cuando se me atravesó imprevistamente, creyendo que me iba pa' la casa, gritando que eso no lo iba a permitir, que se iría al Rangers y lo veríamos por la tele.

Debí intentar levantarlo como esa noche que Pelarco entero lloró y pedirle perdón. Pero nuevamente escapé, nuevamente huí. La clave de la comunicación en el campo está en nunca decir lo que uno lleva adentro, dejarlo bien cerrado, con candado bajo siete llaves.

EL FIN DE LA HISTORIA

Primer lugar nacional en el concurso Historias y Cuentos del Mundo Rural, FUCOA, 2008.

A mi madre

Todos decían que al Emilio se lo iban a matar. De cabro fue bueno para las maldades, especialmente de esas que terminan por arruinar el trabajo de una temporada. Era el hijo del patrón, pero eso no lo detenía a la hora de quemar los trigales del fundo o echar abajo las tablas de las pesebreras. Se transformaba en todo un espectáculo cuando don Carlos, su padre, le desnudaba las espaldas y le daba latigazos hasta que el Emilio pedía clemencia. En tanto se recuperaba, digamos en un par de semanas, se cobraba venganza de los mirones a tiro de postonazos. Era cruel el jovenzuelo, y eso que no pasaba los veinte años.

Algunos decían que no era hijo del patrón, sino que fruto de una aventura de la señora con un antiguo capataz y que el Emilio, a sabiendas de su sangre ajena, se desquitaba con la herencia que recibiría algún día y con los hombres del fundo. El secreto se lo llevó doña Matilde a la tumba.

Don Carlos no era un ejemplo de justicia tampoco. Sus hombres trabajábamos de sol a sol y nos pagaba más a escupitajos que en pesos.

El primer día que llegué a la hacienda recibí medio pan con aceite y una bofetada que me dejó la mejilla casi a carne viva. Es que don Carlos no era de esos que se andaba con advertencias. El que sabe del campo, agacha el moño y trabaja como esclavo, eso decía el patrón. Pero comparado con el cabro, su papá era bondadoso.

La primera vez que el capataz me amarró al aromo, se me había escapado un ternero pal' río y se había ahogado entremedio de las rocas. Por poco y me voy pal' otro lado con él. Lo hubiera preferido. Me dejaron todo el día colgando de las muñecas, a pleno sol, a la hora que sólo las lagartijas son capaces de aguantar. Y cuando atardecía y a lo lejos veía a los hombres regresando a sus chozas, que ni se atrevían a mirarme sino fuera para retarme por pajarón, cultivé la esperanza que me dejarían libre. Pero ni sombra del capataz hasta como las 10 de la noche cuando llegó acompañado del Emilio. Lo que demoraron en tomarse una garrafa fue el tiempo que duró el patroncito en azotarme amarrado al aromo. De ahí en adelante no me volví a equivocar. De ahí en adelante no volví a soltar una gota de llanto.

Para los funerales de don Carlos se cerró la hacienda. Curiosamente, con el paso de los años bajo el yugo opresor de un patrón, los hombres se acostumbran a bajar el moño, trabajar como esclavos y adorar a sus jefes. Vi llorar a don Claudio, al viejo Segundo y al flaco Ruperto. La señora María, la cocinera de la casa, no se separaba del ataúd. Las hijas de doña María no paraban de cocinar con su velo negro. Todo el séquito de humillados lamentaba la partida del patrón y temía los nuevos tiempos que se venían bajo las órdenes de don Emilio. Sí, ahora era don Emilio y hacía sólo unos meses que se había casado con una prima de Talca. También lloraba Pedrito, el niño de los mandados. El capataz estaba inconsolable. El único que no cambió en nada su rictus de seve-

ridad y maldad fue el cabro. Recuerdo que mientras le daban las últimas paladas al nicho de don Carlos, alguien murmuró por atrás que el Emilio las tenía que pagar. Pero no creía que alguien fuera capaz.

Ocurrió algunos años después. El patrón había comprado las dos haciendas contiguas y se había puesto a vender pal' extranjero. Pero de esas cosas yo no entiendo mucho. Por aquel entonces yo había ascendido a chofer del fundo. Había abandonado las labores del campo y hasta la piel de las manos se me anduvo suavizando un poco. Don Emilio se pasaba el día empinando el codo, cuando no estaba azotando a uno de sus hombres o cuando no estaba maltratando a su señora, su prima, doña Ana. La culpaba por no darle un hijo y maldecía la hora que decidió casarse con ella. Perra de mierda, esto pasa por andar calentando a los primos, le decía enajenado. Doña Ana se quedaba callada. Hay que reconocer que la señora era dura como buey, nunca soltó una lágrima en la cara del cabro. Cuando se tranquilizaban las aguas y don Emilio dormía la mona, me pedía que prendiera la camioneta que quería dar un paseo. En un principio yo la llevaba a recorrer la hacienda y le respondía respetuosamente cada una de sus consultas que no iban más lejos que saber el nombre de los que estaban cosechando o alguna pregunta acerca de lo que yo hacía antes de aprender a manejar. Es extraño como el destino les tiene preparada una vida de sufrimientos a las damas más virtuosas. Una vez que las palizas se hicieron más frecuentes, doña Ana me rogaba que la llevara lejos, que la sacara del fundo que le daba náuseas, y que la llevara a la orilla del río donde lloraba desconsoladamente. A veces yo tenía tiempo de fumarme una cajetilla entera. Cuando atardecía, doña Ana me preguntaba si se veía linda, si tenía el cabello peinado, si no se le había corrido el maquillaje. Yo no me atrevía a responderle nada, sólo echaba a andar la camioneta.

Al regresar de uno de esos paseos don Emilio había matado al Ruperto a palos, porque éste lo había despertado para decirle que uno de sus caballos se había quebrado la pata. Pero eso lo supimos meses después, cuando el capataz en una borrachera en el pueblo se había ido de lengua reconociendo que el flaco Ruperto nunca se había caído en una noria y que lo había mandado pal' otro lado el patrón.

Días después, doña Ana quedó embarazada. En un principio don Emilio se había puesto violento como un toro y le había venido por dar azotes al azar. Esa fue la última vez que me descubrió la espalda con el hijo e' puta del capataz. Me habían agarra' o un lunes tempranito cuando me disponía a lavar la camioneta y con la misma manguera me amarraron de los pies. Hasta me mearon los desgracia'os. Ahí decidí escapar de ese infierno y marcharme a otro pueblo. Prefería morirme de hambre que morir por culpa de esos monstruos. Después de un tiempo, me contaron que el patrón se había calma' o y que hasta celebraba que su señora por fin le diera un heredero.

No obstante, tuve que regresar. Alguien tenía que ponerle punto final a este flujo de azotes arbitrarios, a este bajar el moño y trabajar como esclavos.

Ingresé a la hacienda durante la madrugada. Ni los perros ladraron al reconocerme arrastrándome por debajo de la alambrada. Dormí unos minutos apeado junto a la camioneta. Era domingo y, salvo las cocine-
ras, no estaban más que los patrones en la casa. Como a eso de las nueve la señora Ana invitó a la vieja María y sus hijas a rezarle a la virgencita que habían construido más allá de los parrones. Ahí aproveché de entrar a la casa por una ventana. Aún a esas horas de la mañana se oían los ronquidos del infame don Emilio. Lo observé unos segundos desde la puerta de la habitación y por un instante se me pasó por la mente atra-

vesarle por la garganta el corvo que yo traía en el cinto. Pero eso no rompía el círculo eterno donde se escribe la vida de esos hombres. Junto a la ventana el recién nacido rezongaba con un chupete en la boca en su cuna de madera. Tenía el mismo lunar en la frente por el cual me decían el Manchao Bernal. Tras meditarlo, decidí que la almohada sería el arma perfecta para extinguir ese pequeño rostro idéntico al de su asesino.

LA CAÍDA DE ARMANDO BRICEÑO

A mi padre

Entre las víctimas del terremoto del 2010, se cuenta Armando Briceño, padre de familia, muerto bajo los escombros de un cabaret. Probablemente, era la primera y única vez que se atendía en esos tugurios. La concatenación de hechos que lo llevaron a la tragedia, parten muchos años antes.

A principio de los noventa, Armando Briceño regentaba una exitosa peluquería en la once oriente de la ciudad de Talca. Hábil en su oficio, mantenía cómodamente a la esposa y los dos niños: León y Saturnino. Cuentan anónimos cronistas de la época que en vísperas de dieciocho, navidad o entrada de los mocosos al colegio, la fila de clientes daba vueltas a la esquina. Su afición a la bebida era homérica: podía pasarse de jueves a domingo invitando a los amigos a monumentales ingestas de alcohol en un bar vecino que aún se mantiene en pie *Los tres mosqueteros*.

Encomiaba el corte a lo caballero y el rape militar. Junto a los espejos colgados de los muros, hermosas damas desnudas rescatadas en día viernes de las páginas centrales de La Cuarta, hacían más agradable

la estadía de los clientes.

También era barbero y cada vez que usaba la navaja se asía de un cinturón amarrado por un extremo al mueble y la afilaba con destreza.

Cuando Leoncito pasaba con su madre por ahí, don Armando debía fingir que le cortaba el cabello, sino el mocoso caía en la estrategia de la pataleta.

Eran tiempos felices para don Armando y las peluquerías tradicionales. Proveniente de una familia de peluqueros (el oficio lo aprendió del tío Chico), contaba con una competencia de caballeros y seres queridos: a una cuadra el tío Chico y su hijo Alfonso; a dos cuadras, Juan Ibacache, el primo; a la vuelta, el Flaco Bernal.

Todo comenzó a pudrirse alrededor de diez años después. Alfonso, hijo del tío Chico -reitero- decidió dar un giro a su negocio y contrató peluqueras para atender clientela femenina. Él se haría cargo de los hombres. Como corresponde. Pero realizando una proyección de mercado, Alfonso descubrió que la clientela femenina doblaba en proporción a la masculina y decidió estudiar peluquería unisex. Cuando don Armando Briceño supo la felonía, advirtió: ahora faltaría que el chuchesumare se nos ponga maricueca.

Por supuesto, esta crisis, revolución y cambio de paradigma en las peluquerías tradicionales debía ser acompañada, además, por un cambio estético. El local de Alfonso, hacía tiempo abandonaba el desnudo en la pared y se pasaba a la fotografía comercial de alguna tintura de cabello o shampoo.

El tío Chico, consciente de la ofensa al gremio, aun le perdonaba todo, era su hijo.

Tiempo después, olía a podrido en la once oriente. Los jóvenes ya no eran los de antes. Para don Armando Briceño era una siutiquería. No

dando una oferta condescendiente con lo que exigían los jóvenes clientes, de a poco comenzaron a proliferar peluquerías atendidas por peluqueros unisex que no tenían ningún problema en complacer a los chiquillos.

A fines de los noventa, don Armando se mantenía con algunos clientes fieles que podríamos llamar de la vieja escuela, y los menos, jóvenes y niños que aún respetaban los gustos de sus padres. Por su parte, los peluqueros unisex, homosexuales en su mayoría, se ampliaban y si aún había alguien que no quisiera poner su cabeza homofóbica en tales manos, terminaba cediendo porque, además, eran profesionales con estudios en el rubro.

Se lamentaba don Armando en largas reflexiones que transmitía a sus fieles clientes. Don Máximo Parada, profesor de lenguaje, por ejemplo, lo escuchó atento y volvió al otro mes con una teoría: así como la poesía está llena de borrachos, y no precisamente porque el poeta de talento necesariamente lo sea, sino porque la poesía es el único lugar donde un borracho podría sentirse cómodo y representar cierto status, y de tal modo grandísimos ignorantes aferrados al bebestible -decía don Máximo- terminaban encontrando una validación social en la poesía; en la peluquería pasa exactamente lo mismo. No es que intrínsecamente la peluquería sea maricona, al contrario, sino que es ahí donde el homosexual ha encontrado un rol social, cierta supervivencia. Es aceptable un maricón peluquero, pero no un maricón militar, por ejemplo, meditaba el profe. Don Armando Briceño, ya entrado en edad, se tomaba la cabeza.

Al siguiente mes, don Máximo, completó la teoría: las conversaciones han cambiado, usted, don Armando, se maneja en política y fútbol, pero los cabros y las mujeres de ahora quieren hablar de otras cosas. Recuerde que el barbero por excelencia, a parte de haber sido el dentista

del siglo XIX, es un terapeuta. Ni aunque Ud. se vuelva unisex, tendrá clientas mujeres. Ellas quieren hablar de telenovelas y de hombres, pero con un hombre que comparta sus gustos, un marimacho, un ser que tenga fisiología de macho y sensibilidad de dama ¿Me entiende usted?

No obstante, don Armando no pensaba en cambiar. Cuando se encontraba con sus colegas homosexuales en la calle o el supermercado, solía escupir al suelo con repugnancia. Generalmente lo ignoraban, aunque más de una vez le espetaron el apelativo preciso de viejo culeao ordinario.

La gota que rebasó el vaso fue cuando una noche regresó a casa y notó que Saturnino se había cortado el cabello. En veinte años, nadie había tocado esa cabeza, sangre de su sangre. Luego de tragar un amargo fluido de saliva, preguntó: ¿dónde? Nervioso, el joven Saturnino hilvanó una tartamudeante respuesta. Es que la Sofi me pidió que me hiciera un corte más de moda y me llevó a la peluquería *Ricardo & André*, en la uno sur. ¡So, pendejo, no te parto la cabeza de un cornete porque debes tener SIDA, vergüenza! -amenazó el acongojado padre. Luego, tras un portazo que botó un cuadro de la pared (el niño que llora), se dirigió a pasar el oprobio en Los tres mosqueteros. Ahí, mientras veía como Colo Colo perdía la final de la Copa Sudamericana, entendió que su batalla no podía ser particular, que ese grupo de maracos se lo harían chupete. Como le entró el julepe, decidió que lo razonable era la organización, había otros peluqueros decentes y lo apoyarían.

De tal manera surge tiempo después el Gremio de Peluqueros Heterosexuales de la ciudad de Talca, con personalidad jurídica folio 1.011, siete integrantes, y cuyo presidente electo fue, como no, don Armando Briceño. En su discurso inaugural habló de moral y buenas costumbres; habló de hombría y de los jefes de hogar; habló de estética

del cabello; habló de fútbol. En ningún momento mencionó a los peluqueros homosexuales, salvo en un par de oportunidades donde cuidadosamente refirió como el enemigo avanzaba sobre sus trincheras. El enemigo, eso fue lo que dijo.

Con tácticas aprendidas de una biografía de Jimmy Hoffa, durante los dos primeros años, podemos mencionar un par de triunfos para el gremio. Junto a la agrupación de Contadores Homofóbicos, dieron cuenta al fisco de la evasión tributaria que Ricardo & André realizaban hacia un tiempo. Esos maricuecas, pregonaba don Armando, dan boleta por cortar el pelo, pero no por vender sus aceites y cremas. Con video incluido, grabado a la mala, tuvieron una prueba irrefutable que llevó a *Ricardo & André* -la peluquería que profanó a Saturnino- a pagar una multa de 5 millones de pesos. En declaraciones a un periódico local, don Armando aseguró que no se trataba de atacar a los homosexuales, sino de defender el dinero de todos los chilenos. El segundo éxito consistió en donar las primeras cuotas de los siete miembros del gremio a un par de neonazis al peo que le hicieron ver la suerte al peluquero Anastasio. Una temporada en el hospital y sus dedos destrozados para siempre, no pudiendo volver al oficio de su vida, daban cuenta de la eficiencia de las SS a la chilena.

Pero ni en las mejores epopeyas espartanas se podría encontrar un triunfo de un bando tan disminuido en número. Los 7 peluqueros heterosexuales afiliados al gremio, la mayoría pasados los cincuenta años, no poseían ni las energías, ni el apoyo ciudadano, ni las armas para combatir a 20 peluqueros homosexuales y sólo en la once oriente. Es cosa de imaginar a decenas de homosexuales furiosos a la siga de don Armando cuando cierra su peluquería alrededor de las ocho de la noche. Ni en las peores películas de terror.

Conocedores de su juventud y población, los peluqueros homosexuales tomaron la derrota de Anastasio y *Ricardo & André* con suma tranquilidad. El Gremio de Peluqueros Heterosexuales, que celebró ambas victorias con tomateras de suyo titánicas en *Los tres mosqueteros*, no comprendió los designios que la historia suele prodigar. Si el enemigo guarda silencio en relativa paz, sólo es una tregua simulada mientras se rearmen para volver con más fuerzas. Y así fue.

La primera estrategia consistió en mermar al bando de don Armando mediante una lucha económica. Bien organizados y solidarios entre ellos, contaban con un fondo común en efectivo, decidieron bajar sus precios a valores irrisorios. Durante un mes, Don Armando y sus secuaces vieron como su clientela fiel decidía realizarse tratamientos capilares, cortes a navaja, masajes de cuero cabelludo, cortes a máquina, e incluso tinturas (¡tinturas también, los colepatos!, habría dicho don Armando) por precios que fluctuaban entre los quinientos y los tres mil pesos. Llegando fin de treintena, don Armando estaba aburrido de la sopita con pan quemado. No obstante, no se dejaba vencer.

La segunda estrategia, al segundo mes, una vez que se restablecieron los precios y por lo menos un porcentaje importante de clientes fieles regresó con los peluqueros heterosexuales, no sin recibir sendas reprimendas de éstos, consistió en una guerra psicológica.

Conocedores de la homofobia encarnada de don Armando y de su astronómica ignorancia sanitaria -creía que el SIDA era una enfermedad genética-, enviaron a otros homosexuales a cortarse el cabello con don Armando. En un principio, iban con una actitud altamente provocadora. Mano quebrada, saludo de beso -don Armando daba un salto hacia atrás-, ropa rosada. En todas y cada una de las ocasiones, el presidente del Gremio de Peluqueros Heterosexuales se negaba tajantemente a cortar

sus cabellos. Los clientes no se ofendían. Le lanzaban un beso, le decían que sabían que también se le quemaba el arroz y le gritaban: ¡adiós, amor! en plena 11 oriente, hoy calle Salvador Allende.

Posteriormente, machos recios llegaban a la peluquería. Pedían un corte militar (a lo huaso bruto, exigían), don Armando, cómodo, satisfacía sus deseos estéticos hablando de fútbol, de las campañas presidenciales, del precio de la sandía y las alcachofas. Al pagar, le entregaban un billete enrollado con un papelito: 85057979. Llámame, potro. Cuando don Armando, navaja en mano, salía a la calle gritando ¡Colisiones de mierda! ¡Colisiones de mierda!, ya no había ni rastro.

Don Armando llamó a reunión en *Los tres mosqueteros*. La contienda es desigual, dijo (silencio). Habrán ganado unas batallas, pero no la guerra (tibio aplauso). El enemigo no da su brazo a torcer, no obstante les demostraremos que sus codos están hechos de hule (silencio). La sociedad nos exige que ganemos, que demostremos que somos hombres, Dios santo, somos hombres y estamos acá y veo rostros de pesadumbre y derrota, porque un grupo de marimachos nos vienen a ensuciar nuestras peluquerías, a robarnos nuestros clientes, a reírse en nuestras caras y por qué no, a corromper a varoniles y nobles ciudadanos que abandonan familias enteras, hijos, trabajos, para caer en las redes de esa mafia de culos floreados y contagiarse por la sodomía y el mastique fiero a la almohada. Pero estamos cansados. Pero estamos ¡enojados! (sonidos de aprobación). Los invito a arriar nuestras banderas, a hacer sonar fuerte nuestras trompetas, a desenfundar nuestras tijeras y navajas, y decidírnos con coraje a enfrentar al enemigo en el campo de batalla (aplausos cerrados). ¡Más vale morir de pie que morir de rodillas, carajo!

Eran las siete de la tarde y salieron raudos y borrachos hacia la uno norte, territorio dominado por los 5 jefes naturales de los peluqueros

homosexuales: Rubén, proveniente de la Carlos Trupp; Emilio del Barrio Norte; *Ricardo & André*, con domicilio en La Florida; Felipe Sol, de Villa Pucará y asociados; Alexander, con peluquerías en Linares, San Clemente y la uno norte.

A media cuadra, con una navaja en la mano derecha y una botella de vino vacía en la izquierda, gritando como William Wallace, don Armando Briceño, presidente del Gremio de Peluqueros Heterosexuales, mientras exclamaba ¡Al abordaje, muchachos! Descubre sin mediar vacilaciones que está completamente solo. ¡Salgan soldados!, grita. ¡Levantad sus tijeras! Pero salvo un heladero que se pierde al interior de una micro, no hay señales de otros seres humanos en la once oriente. ¡Ah, esta batalla la gano solo, cobardes, sólo un verdadero hombre puede abrir la tierra con su sangre! ¡No podría vencer a esos maricones con un montón de cagones colepatos!, grita en un último arrebato.

Lo estaban esperando.

Alrededor de 15 enemigos lo esperaban en táctica triangular. Se encontraban a una distancia de 50 metros y hasta se podía oír la música de suspenso de *Yojimbo* en la escena final, cuando el guardaespaldas sale a enfrentarse contra los hombres de Ushi Tora. Por la once oriente sólo transitaba el viento y ruidos periódicos provenientes del mercado, provenientes de los basureros, provenientes de las carnicerías desoladas. Quien comandaba al escuadrón de peluqueros homosexuales, Anastasio, portaba una jeringa. Tiene SIDA, advierte.

El brillo de una navaja en las manos de un peluquero ubicado a la derecha de Anastasio provocaba un resplandor poderoso que llamaba la atención de don Armando. Las cejas eran inundadas por el sudor.

-¡Ríndase, viejo pelota! -gritó uno-. ¡Únase a nosotros!

-¡Jamás, colisas! ¡A otros puede que les guste el mariconeo, pero en

Talca hay gente decente todavía!- gritó don Armando, envuelto en un aura de heroísmo.

La tensión fue rápidamente cortada, dando paso a la acción, cuando Anastasio con sus manos como repollos se lanzó sobre el viejo, con la jeringa amenazante. De un giro magistral, don Armando le pegó una patada voladora en la oreja izquierda, lanzándolo sobre la cuneta. Pero en el impulso, Anastasio logró enterrar la jeringa sobre el tobillo de nuestro héroe, escuchándose un grito desgarrador que se confunde entre ambos peluqueros. De un salto, el señor Briceño se abalanzó sobre el caído y aplicó una técnica de fileteado veloz en la garganta de Anastasio. Tras el grifo sangriento, el peluquero homosexual murió.

Ante el terrorífico escenario del líquido vital, los peluqueros homosexuales de Talca huyeron despavoridos hacia la peluquería de *Ricardo & André*, lugar donde se atrincheraron. Pero nada detuvo a don Armando, a pecho descubierto embistió la puerta metálica, una y otra vez, gritando una consigna que por muchos meses se seguiría escuchando en la once oriente: ¡Les voy a afeitar la cola! ¡Les voy a afeitar la cola!

Tras un par de horas, un exhausto Armando Briceño abandonaba su batalla frente al portón y luego de orinar sobre el cartel de la peluquería, decide ir a apaciguar sus ánimos y preparar el contra ataque al *Café Erótico Egipto*, en la diez oriente. Eran las 3:30 de la mañana y la tierra comenzaba a temblar.

SEIS SEGUNDOS

*¿Y si siguiese durmiendo un rato y
me olvidase de todas estas locuras?*

Franz Kafka, *La metamorfosis*

A Valentina Soto

Último asiento del microbús. Sube un ex compañero de universidad. Mientras paga el pasaje trato de hundirme, miro por la ventana, me cubro el rostro. Finalmente, decido hacer como que leo el libro de poesía que llevo conmigo. Inclino la cabeza y en mis manos no hay libro, como tampoco hay microbús, estoy dándole cachetadas a mi hija en el dormitorio que compartimos con mi mujer. Las manos tienen sangre. No sé si es de ella o es la mía, sin embargo, hay sangre y comienza a desparramarse por el suelo. Se pueden distinguir formas en el líquido. Descubro la silueta de una mujer que vi en la fotografía de una pintura, hace un año o dos, en un libro de arte sudafricano. La mujer se pone de pie y su color rojo pasa, sin mayores rodeos, al azul pálido. Comienza a caminar por una calle. La sigo a algunos metros de distancia. Se detiene y enciende un cigarrillo. La estela de humo que deja me excita en demasía. Ella dobla en una esquina, no obstante el humo continúa en línea recta. Cada vez se hace más grande y descubro que ya no es humo, son las oleadas diminutas que deja un bote sobre un lago.

Siento temor, y mis pies congelados y el hambre comienzan a desesperarme. El hombre que guía mi embarcación sonríe con un aire espeluznante. ¿No le da miedo meter la cabeza en lo oscuro? Pregunta con una voz que deja un zumbido en mi oído. Bueno, a veces, pero eso me parece haberlo leído antes, le respondo. Todo está escrito, agrega y se pone a llorar. No llore, musito, no llore, no deje que el tiempo lo agobie. No hay tiempo, dice, no hay tiempo y eso me hace llorar. Su ojo derecho le brilla y me siento atrapado. Ingreso por su pupila y conozco su memoria. Transito por Puerto Montt en 1965 y descubro una puerta de madera, a punto de caer, en una sala clausurada del hospital público de Chillán. Veo el nacimiento de su hijo. Segundos después, conozco lo que significa emborracharse en la playa hasta desfallecer. Converso con su madre muerta. Déjeme que le lea la suerte, me pide sentada en el banco de una plaza. Claro, le respondo. Te preocupa una mujer, la quieres, pero no confías en ella. Puede ser, le digo. Esa mujer, juega con tus sentimientos, pero no lo hace con mala intención. Puede ser, repito. Y hay gente que te tiene mucha envidia, hijo, mucha envidia. ¿Envidia de qué? Pregunto asustado. De tus logros. No tengo logros, le digo. Préstame el dinero que traes para santiguarlo. No soy tan huevón, le reprocho y comienzo a golpearla con un martillo. Le rompo la cabeza. La gente alrededor me apunta y se cubre la cara de espanto. Salgo corriendo. Cruzo alamedas, calles, relojes, tierras, dolores y palabras.

Me escondo bajo un puente. Una rata me despierta, momentos después, mordisqueando un cordón de mis zapatillas. Me quito el cordón y se lo entrego. Me siento bien, o sea, me siento bueno. Un hombre bueno. Pero no es suficiente, siendo ya de noche, comienza a mordermme el otro cordón. Abro los ojos y veo, horrorizado, a una docena de ratas devorándome. Ya no tengo piernas, a menos que me esfuerce mucho, no

puedo desplazarme del lugar. Me rindo al destino. Alcanzo a exclamar de dolor antes que se coman mi cerebro. No puede ser, piensa mi cerebro fragmentado en el estómago de seis ratas y me decido a comerlas por dentro. Dos o tres días después, logro reunir mi cuerpo y descubro los restos destrozados de las ratas. Percibo que me falta un ojo e infiero que una ha escapado. La busco sin descanso por toda la ciudad. Siento risas, cuchicheos, murmullos, sonidos agudos de los rincones. La soledad me va a volver loco, grito frente a un semáforo. Tranquilo, señor, me dice un hombre que pasa por el lugar. Tranquilo ¿necesita ayuda? Me pregunta el desatinado. No, ¡qué va! ¿No estás viendo el hueco en mi cara, no te fijas en la sangre? Bueno, responde con su voz aguda, pensaba que iba a necesitar la rata que encontré hace unas horas. La extrae de una bolsa de basura. Le doy un empujón y se la arrebato de las manos. Comienza a gritar y yo a correr. A tres cuadras del lugar, abro el animal con una lata y encuentro mi ojo transformado en una masa amorfa producto de los ácidos estomacales. Lo llevo donde el oftalmólogo para que lo arregle. Lo deja como nuevo, pero me cuesta el otro ojo de la cara. Decido comprarme un parche para cubrir el orificio mientras planeo cómo recuperar mi ojo perdido. No puedo regresar a casa. Me siento sobre una piedra afuera de un restaurante. Un hombre está apoyado en un poste. Hola, dice. Le levanto las cejas. Pienso que me va a buscar conversación, pero no es así. Pronto me doy cuenta que saluda a todo aquel que se le cruza. Observo sus zapatos, un brillo poderoso proviene de ellos. Siento dolor en mi ojo, mi único ojo, y lo cierro. Al abrirlo, me encuentro trepando por una ventana de la consulta del oftalmólogo. Ya se ha marchado. Busco mi ojo por todas partes: cajones, puertas, envases y nada. Qué tonto soy, me digo, en la caja de la secretaria, dónde más. Salgo y me dirijo al escritorio de la secretaria. Forcejeo con el cajón donde supongo guarda

el dinero. Efectivamente, ahí está, envuelto en una mísera servilleta. Voy a la ventana para escapar, pero escucho ruidos en una oficina. Me acerco. Abro la puerta con cuidado. En un principio no veo nada o no distingo nada, mas, pronto veo los dos cuerpos teniendo sexo sobre el escritorio. Es el oftalmólogo y mi ex compañero de universidad. Cierro la puerta. Me pongo el ojo con extremo cuidado y escapo por la ventana. Camino por calles oscuras.

Una mujer camina sola. Siento deseos de violarla. Fuma y un hombre parece seguirla. El cansancio me hace desistir de una empresa que podría ser improductiva. La última vez que la veo, dobla en una dirección y el hombre continúa en línea recta. Observo un charco de agua. Pero no parece agua, aunque podría ser la mala pasada de la oscuridad. La tenebrosa oscuridad. Sin duda es sangre y me cae de las manos. Descubro que junto a la sangre llora una niña. Mi padre está enfermo, mi padre está enfermo, dice entre sollozos. Levanto la cabeza y miro por la ventana.

¿Cómo está, Herrera? Pregunta mi ex compañero de universidad. Bien, le respondo y me pongo a leer.

PERRO

A María Jesús

I

El día lunes, Leonel Bravo se dirigió, café en mano, a su trabajo de fotocopador en la librería, para exigir el pago del mes. En el transcurso de 3 minutos, su jefe lo miró con incredulidad y reproche, para luego levantarlo a chuchadas y llamar a los pacos, recriminándolo por casi 4 semanas no trabajadas. Bravo corrió por la cuadra espetando insultos contra la explotación y la comunidad consumista. Ya en la Plaza de Armas, sacó su libreta y reflexionó sobre su vida.

Leonel Bravo tiene veintitrés años, tres carreras abandonadas y algunas amantes esporádicas que lo han llevado por los inciertos caminos de la juventud alegre y fiestera del siglo XXI. Para Bravo, entablar una relación amorosa siempre ha significado un sacrificio. De haber nuevamente amor en su vida, intentaría matar dos pájaros de un tiro: sobrevivir y amar. La mujer, manipuladora por antonomasia, se toparía con un espécimen que no necesita de la manipulación: su ser está manipulado en sí mismo.

De tal forma, un par de días después, mientras revisaba ciertos títulos franceses en la biblioteca regional, encontró a Marilyn, quien leía concentradamente la última novela de Zambra. Conocedor de la literatura chilena de los últimos veinte años, se atrevió a esgrimir algunos comentarios acerca del autor de *La vida privada de los árboles*. A Marilyn le cayó en gracia y 15 minutos después se tomaron un café en la galería de la calle seis oriente que, para sorpresa de la joven lectora, debió pagar ella.

Siguieron viéndose con regularidad, en la búsqueda de la entrañable interacción literaria, hasta que en una tarde de cervezas y poemas de Bertoni, hicieron el amor. Tras el éxtasis y sucesivas pequeñas muertes, Bravo coronó la tarde dedicándole la lectura del *Canto II* de Huidobro, probablemente el poema de amor más grande que se ha escrito, sentenció nuestro héroe.

Marilyn hacía clases de teatro en dos colegios de Talca. Su rutina diaria comenzaba a las 8 de la mañana cuando salía corriendo a tomar la micro. Por ello, al otro día de hacer el amor con Bravo, al cerrar la puerta de entrada de su casa, casi no reparó en la presencia de Leonel quien dormía plácidamente en su antejardín, bajo el limonero. Su sorpresa fue instantánea y emitió un grito de pájaro ahogado. Bravo abrió los ojos y caminó en cuatro patas hacia su novia, quien de un salto hacia atrás no supo si reír o llorar. ¡Qué demonios haces!, le gritó con terror. Él la miró desde el suelo con ojos de perro arrepentido, se acercó, la olfateó y comenzó a lamerle los tobillos. Marilyn, en estado de shock, se tapó el rostro y le recriminó. ¡Sale! ¡Sale!, dándole leves puntapiés en las costillas. Bravo agachó la cabeza y volvió a su rincón, como un boxeador derrotado, junto al medidor del agua. Marilyn no pidió más explicaciones y corrió a la micro.

En el fondo soy un ser incapaz e ignorante, que si no se hubiera visto

obligado, sin el menor mérito de su parte, y sin advertir casi la obligación, a ir a la escuela, sólo podía agazaparse en una caseta de perro, y saltar hacia arriba cuando le ofrecieran de comer, y volver de un salto a su caseta inmediatamente después de tragarse la comida, escribió Franz Kafka en su diario un 18 de noviembre de 1913. Tal vez en eso pensaba Bravo, seguidor acérrimo de Kafka, cuando decidió instalarse en el jardín de su novia. O tal vez pensaba en el final de *El proceso*: *¡Como un perro! -era cual si la vergüenza tuviese que sobrevivirle-*. Sea una u otra la razón, es decir, exista una razón concreta, probablemente mediatizada por la lectura afiebrada de los clásicos; o sea una razón nueva, parida en insomnes 25 días de borrachera, en los cuales la lucidez se hizo patente. O sea, ninguna razón, sólo un acto instintivo de quién ya no actúa sino que vive en la transparencia y la bondad; la realidad sea indudable y ahí, junto al medidor de la luz, Bravo ha escogido su refugio y prueba irrefutable del amor más sincero, en pleno siglo XXI.

Cuando Marilyn volvió del trabajo, al atardecer, supuso que la experiencia matutina no habría sido más que una pesadilla de mal gusto. No obstante, al abrir la reja de su casa y entrar sigilosa al jardín, la escena no había cambiado en absoluto, salvo en que Bravo corrió a sus pies y le abrió la boca en señal de hambre feroz. Dubitativa entre correr a la casa o llamar a los pacos, la novia dejó caer una rosca que compró a la salida del colegio y entró a su hogar poniendo llave ipso facto y a punto de llorar. Por la ventana pudo distinguir cómo engullía el bocadillo y volvía a echarse, esta vez, sobre el limpia pies.

No ingresaremos en los recovecos de esa noche agitada y demencial de Marilyn, ni menos en la apacible noche del Bravo -de ahora en adelante el perro guardián-, sino que saltaremos a un par de semanas posteriores, en las cuáles todo ha tomado un rumbo, digamos, normal.

II

Por las mañanas, Marilyn acaricia la cabeza del perro guardián y le sirve agua en un pocillo, luego extrae de una bolsa galletitas Dog Show y se las entrega en el hocico. Él salta de júbilo y realiza simpáticas volteretas que le arrancan una sonrisa feliz a la novia, para luego correr a la micro no sin lamentarse por los quejidos acongojados de su perro que la extraña, apoyado entremedio de la reja. Con el tiempo, ella toma la decisión de dedicar un domingo al baño del animal, tarea de suyo compleja, por la naturaleza quiltra del espécimen. Amarrado a la llave de la ducha, el perro guardián intenta escabullirse de manera infructuosa, mientras Marilyn frota una escobilla por el lomo lampiño. Al momento de limpiar las partes íntimas del espécimen, se produce un momento, subrayemos, incómodo. El perro guardián sufre una erección que deja entrever la rosada cúspide de su sexo. En ese momento, imágenes en la memoria abren las puertas del apareamiento. Delicadamente, quita la hebilla de la correa y permite que el perro guardián le huela el trasero que ha desnudado rápidamente. Sin preámbulos ni caricias innecesarias, se abalanza sobre la encucillada novia y la posee rabiosamente. El placer animal es tal, que los encuentros, desde aquel domingo de baños, se hacen recurrentes.

Por las tardes, lo saca a pasear. Las rodillas ensangrentadas del perro guardián son bien disimuladas por la alegría de correr libremente por el parque. Orina, como es debido, en árboles o postes de alumbrado público. Contrario a lo que podría pensarse, la comunidad ha aceptado positivamente la mascota de Marilyn, y constantemente la detienen para preguntarle por el nombre de su perro guardián o para felicitarla por tan bello y obediente animal. Si hasta parece humano, le dicen con picardía. El perro guardián se detiene de vez en cuando frente a un quiosco

de diarios y parece recordar su vida de humano y la aptitud de la lectura. Observa los titulares con entusiasmo y concentración, mientras Marilyn se compra unos cigarrillos. Los observa, pero ya no le dicen nada: el titular del fin de semana anterior, para el perro guardián, es el mismo titular de hoy; y el de hoy, será el mismo de mañana, y así sucesivamente, hasta el día que la novia ya no lo saque más a pasear.

Para los padres de Marilyn, que viven a las afueras de Talca, la situación en un principio es vergonzosa y digna de pasarse una temporada en la casa de la risa. Intentan por todos los medios convencer a su hija que tener a un hombre viviendo en el antejardín no es una situación normal. Ante las negativas de la hija y los ladridos del perro guardián, deciden llamar -una tarde de sábado- a la fuerza pública. El diálogo entre los carabineros, los padres, por afuera, y Marilyn y el perro guardián, por el lado adentro de la reja, sólo sirve para fortalecer la libertad de elección de Bravo, la libertad de opción de la novia; la libertad del amor, después de todo. Luego de un tiempo, los padres no tienen más remedio que aceptar a su hija y su mascota. La visitan de vez en cuando, si hasta se dan tiempo de retirar las fecas del perro guardián del antejardín. Sin embargo, la madre siempre vuelve llorando a casa.

Como su raza es única, suele atraer a las perras que deambulan por el barrio. Durante la semana, se acercan sin el riesgo que salga Marilyn de la casa para corretearlas con la escoba, y olfatean el cuerpo del perro guardián que se deja querer. Las perras más atrevidas, saltan la reja con ingenio, y se cruzan con el cuerpo blanco y sucio del infiel. A nada le hace asco y se monta con toda confianza y experticia en los pequeños cuerpos caninos, que si estuviera de pie, apenas le llegarían a las rodillas (en su tiempo de humano, cuando aún era Leonel Bravo, el perro guardián sobrepasaba el metro ochenta de estatura). No obstante su actitud

despreocupada, el perro guardián ha comprendido que la presencia de las perras, incomoda y enfurece a su dueña. Los fines de semana, apenas se aparece una por la esquina, se desgarran la garganta ladrando para demostrarle a Marilyn que él es, como perro, el mejor amigo de la mujer. El perro fiel. Cuando no ha notado la presencia de las perras, por estar echado durmiendo la siesta, por ejemplo, es la misma Marilyn quien las expulsa a garabato limpio, escoba en mano, o con una fuente de agua hirviendo. Nunca desconfiaría de su perro guardián y en noches heladas lo invita a dormir dentro de la casa. Él, obediente, se acurruca a sus pies y juntos ven televisión. Sus programas preferidos son de animales o los dibujos animados. Ella reconoce que su perro aprueba un programa porque mueve el trasero de lado a lado. De vez en cuando ella le habla. No existiendo una recriminación por su actuar, le pregunta por su vida de perro, si es muy diferente a su vida de humano; le pregunta si piensa que si siguiese siendo Leonel Bravo su relación sería aún mejor; le pregunta si es feliz, si es un perro feliz. Él la observa con detención, con sus profundos ojos verdes. Su mirada, ya no es la misma de hace unas semanas, se ve cansada, no obstante satisfecha. La paz del hogar se refleja en su cuerpo tirado sobre la alfombra.

Cuando todo ha alcanzado cierta armonía y felicidad, una tarde que Marilyn regresa más temprano de lo habitual a su hogar, descubre que el perro guardián le es infiel con la perra de la vecina, una hermosa pastor alemán. Se detiene ante la reja, con la llave en la mano y presencia el acto carnal. Perpleja, se mantiene impávida observando desde otro ángulo el cuerpo que tantas veces le había dado placer, ese cuerpo que hasta dicho instante podría haber jurado que le era propio. Como se encuentran con el rabo hacia la reja, la pareja animal no se percatan que es espía y continúa su labor, rebosante de aullidos y jadeos de lengua

afuera. Al finalizar, él con cierta dificultad logra separarse de la perra. Al voltear, su mirada perruna se encuentra con los ojos envueltos en lágrimas de Marilyn. La perra, a su vez, sólo agacha la cabeza como una rata culpable y se acerca a un charco de agua para beber. Cuando la novia atina a abrir la puerta de la reja, siempre triste, como hipnotizada en el dolor, adormecida en el espanto de la infidelidad, observa a la perra y musita *fuera*; a lo cual la pastor alemán obedece sin chistar. El perro guardián no es capaz de dirigirle la mirada, atorado en la vergüenza. Digna, Marilyn, abre la puerta de la casa y cierra cuidadosamente las cortinas, tratando que ni un rayo de luz pueda ingresar a esa casa, a ese funeral íntimo y solitario.

Un par de semanas después, semanas en las cuales la novia ha ignorado al infiel, Marilyn le tira bajo el limonero unos restos de pan que el hambriento perro guardián devora exaltado. Mientras traga su única comida en 14 días, ella sale de la casa cantando una cumbia del siglo pasado. Es sábado y es de noche. En su mente de perro se tejen pensamientos humanos de desconfianza e inseguridad. Después de todo, es un ser humano y a diferencia de los verdaderos perros, tiene sentimientos, los cuáles podrían ser destruidos fácilmente y en su condición de desnutrición, podrían hasta costarle la vida. En todo eso piensa durante la noche el perro guardián, hasta que, como es natural, se queda dormido bajo la luz de la luna.

Despierta sobresaltado con el ruido de un motor. Una camioneta estaciona afuera de la casa y observa cómo Marilyn, a tientas, busca las llaves en su bolso. Ebrio, tras ella, un hombre viene acariciándole las nalgas. Como buen perro guardián se pone a ladrar a punto de abalanzarse sobre el extraño. Un puntapié de la novia en sus costillas lo deja tirado, nuevamente, bajo el limonero. Ella le comenta algo al extraño en

la oscuridad y parece apuntar hacia el perro. El extraño ríe borracho, mirando a ninguna parte. Entran a la casa y el perro guardián comprende lo que vendrá: la venganza, actitud propia del humano, en toda su plenitud.

El perro guardián apenas puede abrir las pestañas cuando el extraño se larga de la casa, a camisa abierta, por la mañana. Tiene heridas las costillas producto del zapatazo criminal de Marilyn y los rasguños de algunas ramas del limonero que se le metieron por el costado. Tras unos minutos, nota que la novia lo observa desde la ventana. Está llorando y parece sentir el peso de la culpabilidad, suavizada por el placer de la venganza, como diciendo: te lo buscaste perro inmundo. Como diciendo: te lo buscaste perro infiel. Como diciendo: yo también puedo ser una perra. El perro guardián agacha la cabeza e intenta pedir perdón, pero de su hocico sólo surge un lamento desgarrado por sus dolores tanto internos como externos. Luego de un rato, ella le lanza unas galletas para perro y no la ve en un par de días.

De ahí en adelante, el perro guardián sólo se limita a arrastrarse por el jardín, pues sus caderas parecen atrofiadas y obsoletas. Marilyn sigue en su rutina de trabajo diario y en su labor de dueña fría, pero responsable: cada mañana sirve un pocillo de agua y otro de alimento para su animal. Las perras ya no lo visitan por las tardes y a duras penas logra esgrimir un ladrido a los desconocidos que cruzan por la calle.

El perro guardián, en algunas ocasiones, intenta acercarse a la novia para aferrarse a sus tobillos, pero ella de un salto le hace el quite, y se escapa, una y otra vez. Él llora o intenta llorar. Ella se mantiene inmutable y perdida en su interior, hasta que un día la situación se desvanece, como todas las cosas en la vida.

El perro guardián, el animal que alguna vez fue Leonel Bravo, abre

los ojos y observa el rostro compungido de su amada quien le acaricia el lomo y le dice unas palabras en español que el perro poco comprende. Es una mañana calurosa. Junto a ella un hombre de blanco, quien le abre los párpados y lo observa con atención. Le pregunta a Marilyn la edad del animal. Ella responde que probablemente tenga veintitrés años. Él mueve la cabeza en señal de desaprobación e incredulidad. Los perros no viven tanto, explica, multiplique veinte tres por siete, y la edad será anormal para un ser vivo, a menos que sea una tortuga, señala con sabiduría. ¿Eso quiere decir que morirá?, pregunta la novia sin despegar sus manos de la cabeza del perro guardián. Todos moriremos, responde el especialista, la diferencia es cómo. Medio perdido en la conciencia, el animal enfermo percibe que ingresan a la casa. El veterinario, apoyando su mano sobre el hombro de Marilyn en señal de pésame, tal vez, cierra la puerta tras suyo. Al rato regresan, pero tras unos pasos la novia vuelve a la casa corriendo. El veterinario tararea una canción de Cachureos, y le acaricia el hocico al perro guardián, mientras vacía suavemente una jeringa en su lomo herido.

Lo entierran en el patio trasero.

EPÍLOGO

EL ESTUPOR DE KAFKA

Juan Mihovilovich

Bastaría centrarnos en *La lámpara de Kafka* para justificar con creces este libro. Y al decirlo, no estamos, ni con mucho, desmereciendo el resto de las narraciones. Por el contrario. Premunido de un talento innegable, Luis Herrera nos pasea por derroteros inciertos, dotado de un lenguaje certero, con giros idiomáticos seductores desde las primeras líneas, como si las palabras estuvieran conectadas por obra y gracia de un espíritu propio que nos incita a continuar en busca de un desenlace imprevisible. O ni siquiera eso: solo avizorar que tras cada párrafo escrito a conciencia deviene una secuencia de luces y de sombras que nos sacuden por dentro.

El universo entero al alcance de la mano o de los sentidos -o del sinsentido- de situaciones, a priori imperceptibles, salvo por un señuelo dejado como al azar o en la expresividad de un lenguaje enunciativo, de algo que está, invariablemente, más allá de las apreciaciones físicas, y que refleja un carácter anticipatorio, por obra y gracia de la palabra o sencillamente del sueño en que los personajes de Herrera parecieran vivir como algo real. Y después de todo, ¿dónde radica una eventual diferencia? ¿Qué

hace que estas narraciones perduren si no es su implícita necesidad de subvertir nuestra modorra intelectual y hacernos patente que el mundo que conocemos difícilmente es el mundo que entrevemos?

Por eso -o por nada de eso- estos cuentos nacen y crecen con una perfección inusual, como si su hálito narrativo fuera deletreado por un buril que cincela sin aspavientos cada interioridad para mostrarnos una historia que nunca es la historia en sí, sino que deviene en escarceos sigilosos y calculados sobre los que se erige una personalidad equívoca o un hecho veladamente sugerido (*Un hombre en el plano*).

No hay palabras demás. Cada frase es un apronte para una finalidad específica. Así, desde *Belisario Vildósola* y *La envidia* hasta *Juan Rosa y el lenguaje imposible* se cruzan lúdicas biografías que desnudan, primero, ese mundo aparte de los escritores provincianos o de trastienda, siempre a la expectativa de una esquivada oportunidad; y luego, ese universo anhelado (*Juan Rosa*) de crear una obra trascendente, ligada a la esencialidad más profunda de las cosas y los seres, así se trate de una escuálida metáfora de lo imposible, o de la ignorada y supuesta reflexión con que Dios estableció la materia y su verbalización. Y con ello el inevitable sello de su desarrollo y muerte. Y con ello también, la imposibilidad de alcanzar una eternidad donde ni las piedras ni la simple voluntad bastan. O de alcanzar el éxtasis nocturno con ojos lacrimosos, mientras se envidia al ícono literario supuestamente inalcanzable.

Luego, incursionar por las escindidas creaciones de Herrera deja una sensación ambivalente. Tenemos esas metáforas condenatorias erguidas a partir de un relato patético como *La pena máxima* o estremecedoramente brutal como *El fin de la historia*, donde se evidencia con maestría de qué modo las causas y efectos se entrecruzan para hacernos creer que hay un sello de íntimo determinismo en cada gesto, en un hecho virtual, un acci-

dente o, por último, en la reproducción sistemática del dominio de unos sobre otros. Y paradójicamente, tras el sello oprobioso y oculto de la femenina soledad, surge un destello quizás, un manoteo al cielo y el fruto de un nuevo ser que nunca será *otra* esperanza, sino la misma y confusa maldición que es preciso interrumpir antes que se reproduzca.

Y después *La caída de Armando Briceño*, alegoría de un machismo de utilería, de la intolerancia y la separatividad, de los prejuicios y las comunicaciones incontrarrestables. De ese andamiaje sobre el que se yergue una sociedad en crisis y que termina por sacudirse desde sus cimientos telúricos como el prenuncio de tiempos que todavía son un difuso perfil de nuestra propia historia. Y entremedio esos *Seis segundos* donde la temporalidad resulta un crucigrama, el juego invertido de una mente incontrolable, que apenas puede emigrar por los intersticios del subconsciente para inocularse en los deseos y fobias más recónditas. Y ello a partir de la nada. O de la simple gestualidad que se aparta de un libro y su lectura para huir sin otro destino que un siquismo a la deriva.

O, esconderse en ese relato conmovedor que es *Perro*; la metamorfosis circunscrita a un devaneo fantástico que nos traduce el análogo universo kafkiano, la enrarecida atmósfera de la bestialidad entronizada como una herida visceral y acomodada luego al espacio, para que animal y ese «bípedo implume» interactúen hasta con-fundirse y ser la misma diferencia, la angustiosa maldición, la ferviente infidelidad y el tormento perpetuo del rechazo tras la frágil condición humana.

Y por último, *La lámpara de Kafka*, un relato magistral, asociado a ese juego permanente de oscuridad y luz que nutre la obra de Kafka en su totalidad. Un homenaje explícito a una literatura que camina por arenas movedizas, donde el inspirar, asfixia, y los gemidos encubren la agonía de vivir sabiendo que en cada exhalación sanguinolenta el universo entero se

contrae. He ahí la lámpara de Otto Von Ruttermayer, el mediocre electricista que nos traslada hasta el cuchitril del célebre escritor, luego de pasearse por la historia europea como el prenuncio de su inmortalidad. El derrotado de esa lámpara fue mimetizarse con lo sombrío de su personalidad y desde su temperamento insondable encender una débil llamarada que nos hiciera palidecer ante su genio. Una alegoría del siglo y de la historia, del encierro y de la trascendencia. De la humanidad, claro está. Pero sobre todo, de una eternidad que Herrera vislumbra, aclara, sortea y probablemente, gane.

Este preclaro libro no es sino un claro efecto de *el estupor de Kafka*, aumentado al infinito entre los trizados restos de su retrato todavía enmarcado en un cuadro caído desde una pared y cuya mirada se niega a reconocernos. Y a reconocerse.

Pero que está ahí.

Y Luis Herrera lo intuye y porque lo intuye, ama ese doloroso misterio de escribir.

ÍNDICE

JUAN ROSA Y EL LENGUAJE IMPOSIBLE	9
UN HOMBRE EN EL PLANO	13
BELISARIO VILDÓSOLA	23
LA LÁMPARA DE KAFKA	29
LA ENVIDIA	47
LA PENA MÁXIMA	49
EL FIN DE LA HISTORIA	57
LA CAÍDA DE ARMANDO BRICEÑO	63
SEIS SEGUNDOS	73
PERRO	77
EPÍLOGO, POR JUAN MIHOVILOVICH	87

COLOFÓN

E D I C I O N E S

LA LÁMPARA DE KAFKA & OTROS CUENTOS © LUIS HERRERA VÁSQUEZ. REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL N° 234.807, SE EDITÓ EN VALPARAÍSO, EN EL MES DE OCTUBRE DEL AÑO 2013. PARA SU DISEÑO SE UTILIZARON LAS TIPOGRAFÍAS ADOBE GARAMOND PRO Y GARAMOND. LA FOTOGRAFÍA ES PROPIEDAD DE JUAN MIHOVILOVICH Y FUE TOMADA LUEGO DEL GRAN TERREMOTO DEL AÑO 2010, EN CUREPTO, REGIÓN DEL MAULE. PARA LOS INTERIORES SE UTILIZÓ BOND AHUESADO DE 80 G Y CARTÓN DÚPLEX DE 220 G PARA LA PORTADA. SE REALIZARON 400 EJEMPLARES.

I N U B I C A L I S T A S

